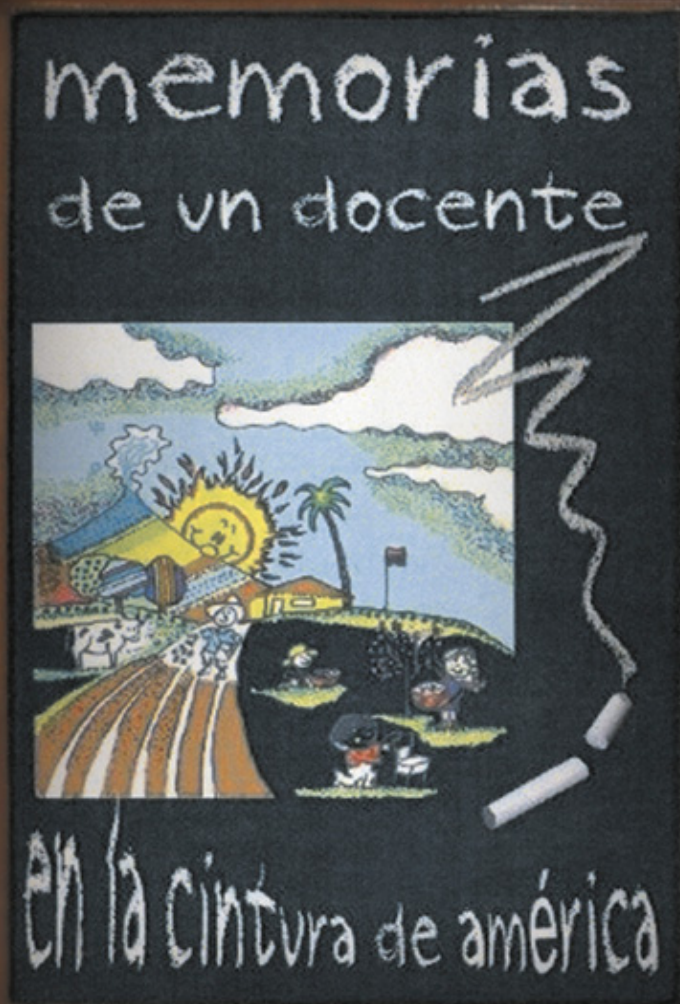


Carlos Fernández Elizate



EDITORIAL UNIVERSITARIA

CARLOS FERNÁNDEZ ELIZATE

**MEMORIAS DE UN DOCENTE
EN LA CINTURA DE AMÉRICA**

EDICIONES ESPECIALES

CARLOS FERNÁNDEZ ELIZATE

**MEMORIAS DE UN DOCENTE
EN LA CINTURA DE AMÉRICA**

EDITORIAL UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD NACIONAL DE MISIONES



EDITORIAL UNIVERSITARIA

San Luis 1870 | Posadas - Misiones | Tel-Fax: (03752) 428601

Correos electrónicos:

direccion@editorialunam.com.ar
produccion@editorialunam.com.ar
diagramacion@editorialunam.com.ar
administracion@editorialunam.com.ar
ventas@editorialunam.com.ar

Página web:

www.editorial.unam.edu.ar

Colección: Ediciones Especiales

Coordinación de la edición: Claudio O. Zalazar

Armado de interiores: Javier B. Giménez

Corrección: Amelia E. Morgenstern

Imagen de tapa: Luis Benzaquen y Vicky Benzaquen

<p>Fernández Elizate, Carlos Memorias de un docente en la cintura de América. -1a ed.- Posadas: EdUNaM - Editorial Universitaria de la Universidad Nacional de Misiones, 2011. 128 p.; 20x13 cm. ISBN 978-950-579-207-8 1. Memoria. 2. Educación. I. Título CDD 920</p>

Fecha de catalogación: 10/06/2011

Hecho el depósito de la Ley N° 11.723

ISBN: 978-950-579-207-8

Impreso en Argentina

©Editorial Universitaria

Universidad Nacional de Misiones

Posadas, 2011

Todos los derechos reservados para la primera edición.

DEDICATORIA

A 30.000 hermanos míos desaparecidos.

A la fortaleza de las Madres de la Plaza de Mayo.

A la tenacidad de las Abuelas de Plaza de Mayo.

A la memoria de mi pueblo.

A quienes me enseñaron con su ejemplo.

A quienes con su acción cotidiana, se dedican a honrar la vida.

AGRADECIMIENTOS

A los entrañables antecesores que me señalaron el camino.

A los entrañables compañeros de ruta.

A un modelo de país (y a sus conductores) que me animó a contar todo lo que he contado.

A mis tres hijas, por su infinita paciencia para aprender a convivir con un padre conversador e invariablemente enredado en los recuerdos.

A José R. por su generosidad y todas sus fotos.

A los poetas, músicos y cantautores nicaragüenses, por tomarle prestadas parte de sus letras, como inseparables de su historia.

A todos quienes me impulsaron, con su generosidad y afecto, a escribir lo escrito.

MENCIONES OBLIGADAS

A Jorge W. Ábalos, su “Shunko” y sus “Shalacos”.

A Antón Semionovich Makarenko, su “Poema Pedagógico” y sus “Banderas en las Torres”.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN.....	11
PRÓLOGO.....	17
PARÁGRAFO 1: ASÍ... COMO A MODO DE INTRODUCCIÓN: DESDE DÓNDE PARTIMOS	19
1- Cómo empieza esta historia	20
2- Los primeros tiempos.....	24
3- Algunas luces sobre algunas sombras	27
4- Entrando en tema.....	32
PARÁGRAFO 2: HASTA DÓNDE LLEGAMOS.....	41
5- Llegada	41
6- Las zapatillas blancas	43
7- En viaje	46
8- Día de cobro.....	54
9- La bandera de la escuela.....	60
10- Los nacimientos	64
11- El camino a la escuela.....	68
12- El día del maestro	74
13- El partido de fútbol	76

14- La vigilancia revolucionaria.....	78
15- Cuidando los puentes y la escuela	81
16- Las muertes absurdas.....	85
17- Los amores prohibidos.....	86
18- La marcha a Masaya.....	90
19- Las manos del apicultor.....	94
20- Por los senderos de Rivas	97
21- La contrarrevolución actúa.....	101
22- El largo camino del retorno.....	103
23- Los compañeros caídos	105
PARÁGRAFO 3: COMO A MODO DE CIERRE.....	109
24- El poeta pendiente	109
25- Veinte años después	111

PRESENTACIÓN

Esta publicación resulta de una importancia especial para la Editorial Universitaria. Tanto Carlos Fernández Elizate -el escriba- como Emilce Moler -la prologuista-, son dos profesionales estrechamente vinculados a nuestra Universidad. Fernández Elizate fue codirector por el INCUCAI de un proyecto de investigación con la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales sobre la problemática social de la donación y el trasplante de órganos; Moler participó como evaluadora para la acreditación de carreras en la Facultad de Ingeniería de Oberá.

Ambos tienen una trayectoria académica destacada. Fernández Elizate es coordinador de capacitación del INCUCAI y desde allí promovió el abordaje de esta temática por las ciencias sociales, participando de cátedras e investigaciones universitarias. Cuenta con una rica experiencia en procesos de educación no formales en el país y el exterior. Tras un “setentista interruptus” recorrido por Veterinarias de la UBA, logró terminar Sociología -“ya de grande”- en la Universidad Nacional de La Plata, donde hoy cursa estudios de doctorado. Emilce Moler es profesora de matemáticas y magíster en Epistemología y Metodo-

logía de la Ciencia (Univ. Nac. de Mar del Plata), doctora en Bioingeniería (Univ. Nac. de Tucumán) y colaboradora científica del Equipo Argentino de Antropología Forense. Fue Secretaria General Académica de la Universidad Nacional de Mar del Plata e integró el equipo de gestión del Ministerio de Educación durante la presidencia de Néstor Kirchner. De allí pasó al recién creado Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva. Volvió a la cartera educativa con el ministro Alberto Sileoni, desde donde lleva adelante la evaluación del impacto escolar de la Asignación Universal por Hijo.

Tanto Emilce como Carlos, son militantes de la vida en general y de la educación en particular. Emilce es sobreviviente de “La noche de los lápices”. Siendo estudiante secundaria de Bellas Artes en La Plata, fue secuestrada en aquella aciaga madrugada de septiembre de 1976. Sufrió torturas y estuvo desaparecida hasta enero de 1977, luego confinada en la cárcel de Devoto con apenas 17 años de edad. Puesta en libertad vigilada en 1978, se fue a vivir a Mar del Plata, donde se recibió y trabajó como docente universitaria. Carlos también participó en su juventud de las luchas estudiantiles universitarias de los setenta en la UBA. Con la dictadura se exiló en España, desde donde se dirigió como voluntario internacional a Nicaragua durante los primeros años de la Revolución Popular Sandinista. Participó allí de una experiencia conmovedora de educación rural y el relato de esa historia es el eje de esta publicación. (Para quienes tuvimos la oportunidad de vivir ese momento de la historia nicaragüense, el relato nos remite a una épica de muchísima sencillez material, hasta de carencia podríamos decir, pero de una enorme y masiva mística de solidaridad y trabajo puesta al servicio de recuperar la dignidad nacional y la vigencia de los derechos humanos

más elementales: la alegría de vivir, la cultura popular, salud, educación, vivienda, acceso a la tierra, al trabajo y a un futuro esperanzador). Y la mística de entonces nos remite también a su correlato en la vigencia del proyecto argentino y latinoamericano de hoy.

Rescato en la trayectoria de ambos una frase de Fernández: *historias de hombres y mujeres comunes en situaciones extraordinarias*. De eso se trata. Y de una porfía casi obsesiva, una convicción como brújula vital aún en los avatares más difíciles del derrotero personal: la apuesta a la educación como mecanismo de transformación social, como factor clave en la igualación de oportunidades, en la construcción de ciudadanía libertaria, en el desarrollo soberano de la Nación, y por ende, en el fortalecimiento democrático.

Esta publicación apuesta a revalorar esa concepción educativa desde la Universidad y se enmarca en el rescate de ese rol de la educación como política pública que se produjo en nuestro país del 2003 a la fecha. Estamos viviendo una revolución en ese terreno: la ley de financiamiento educativo, la ley nacional de educación y la de educación técnica, la Asignación Universal por Hijo, la ley de Servicios Audiovisuales de Comunicación, la creación del Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva, el fortalecimiento del CONICET y otros organismos de Investigación y Desarrollo, las becas estudiantiles universitarias y los proyectos de voluntariado, el Programa Conectar Igualdad, la accesibilidad a la Televisión Digital Abierta. La construcción de cerca de dos mil escuelas, la creación de nuevas universidades públicas y las obras de infraestructura en las universidades existentes. Todo eso es posible y tiene sentido en el marco de una política general de promover el trabajo, el desarrollo productivo, la

salud, la vivienda, la infraestructura y el orgullo nacional. De terminar con la impunidad de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final. De promover una Corte Suprema de Justicia proba e independiente. Del rescate de aquella inteligencia sanmartiniana de integración con la Patria Grande latinoamericana, cimentando la UNASUR y rechazando la iniciativa imperialista del ALCA.

Esto ni siquiera era una utopía hace apenas 10 años. Y no fue el producto de un cataclismo meteorológico o telúrico. Fue el resultado de muchos años de dolor y lucha del pueblo argentino. De la resistencia peronista de la segunda mitad del siglo pasado. De los treinta mil desaparecidos por la dictadura. De Malvinas. De la gesta de las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo. Del no doblegarse a las buenas maneras del posibilismo ni al sálvese quien pueda del neoliberalismo. De no dejarse engañar por el espejismo del viaje sin anestesia al primer mundo ni por la fantasía del peso fuerte de la convertibilidad. De la recuperación del mejor sentido de la política a partir del 25 de mayo de 2003. De volver a creer en nuestra capacidad como pueblo y como Nación. Y eso fue posible, insisto, no por un golpe de suerte de la historia. La crisis terminal del 2001 convocó a las fibras más profundas de la dignidad nacional y la solidaridad social. Y se encarnó en un proyecto político y en la conducción de un militante que dejó la vida en el esfuerzo. Con un mensaje claro y clave:

Nunca más represión, terrorismo oficial, impunidad, exclusión, entrega del patrimonio argentino, derrotismo y tristeza endémicos. **Nunca menos** soberanía, inclusión social, solidaridad, igualdad, libertad, justicia, alegría de vivir en esta Patria hermanados con los demás pueblos de América.

De esas fibras, tan vivas en toda nuestra geografía social argentina y latinoamericana, tan permanentes en toda nuestra historia colectiva, dan cuenta estos relatos.

Javier Gortari

Rector de la Universidad
Nacional de Misiones.

PRÓLOGO

Muchas son las historias que se entrelazan en los relatos que nos entrega Carlos en estas maravillosas páginas. Sin embargo dos conceptos inconfundibles emergen entre tantas historias apasionantes en forma continua: *Educación y Memoria*.

Conceptos inseparables, ya que acaso: ¿podemos educar sin pasado, sin historia? ¿Podemos hacer memoria sin tener ciudadanos educados, en una amplia acepción de la palabra? Aprender a tener memoria y educar sosteniendo nuestra memoria, es el desafío que asumió Carlos a lo largo de su vida y que ahora decidió compartir con todos nosotros.

Y es un desafío porque la memoria duele, la memoria no es lisa, no es monolítica. La memoria trae vergüenzas, olvidos. La memoria es un campo de batalla; y, sin embargo, hay que superar todo esto porque hay que tener memoria.

Y estos relatos van a colaborar de una manera profunda en estas construcciones colectivas, de creación y encuentros, que no son simples, fáciles ni inmediatos. ¿Cuántas veces los protagonistas de estos relatos se encontraron

desilusionados, desanimados, sintiendo que sus aportes son insignificantes frente a todo lo que se debe hacer y quizás estuvieron tentados de pensar sobre lo estéril de muchas actividades?

No obstante, tenemos que tener la claridad de saber que esto no es así. La historia no es lineal. Los cambios son posibles. E incluso, suponiendo que los propósitos buscados no puedan lograrse ni aún medianamente, no nos deben quedar dudas de que bien vale la pena transitar el camino, por el solo hecho de recorrerlo.

Los relatos de Carlos nos muestran que en forma permanente debemos buscar los intersticios que nos permitan construir, porque cuando se descubre que las sumas de las voluntades pueden modificar nuestra sociedad es un aprendizaje único e intransferible.

Así lo vivimos quienes pertenecemos a una juventud que creyó que se podía cambiar nuestra realidad y en pos de estos ideales dimos todo, hasta nuestras vidas.

La historia hoy nos da una oportunidad a todos aquellos que como Carlos nunca dejamos de creer que otro país es posible y no podemos asumir actitudes pasivas. Es nuestra obligación rescatar el pasado olvidado y este texto invita a ahondar distintos caminos. Debemos apostar a salvar lo que tenemos con nombre propio, con identidad, como individuos, como sociedad.

Los que lucharon y hoy no están nos han legado su optimismo. 30000 voces nos marcan el camino para continuar la lucha, y estas historias ayudan a escucharlos.

Emilce Moler

**PARÁGRAFO 1: Así... como a modo de introducción:
Desde dónde partimos**

(O de gentes comunes y sencillas en situaciones
extraordinarias...)

Todo al revés, como siempre. Empiezo por el final. Por el final de mi carrera, por el final de mis clases, cuando ya todo lo que diga de mí mismo pertenezca al pasado más pasado de todos los pasados.

Y así, el saber quienes somos y qué hicimos, o lo que pretendemos haber sido, se nos muestre tal vez algo distorsionado por el piadoso manto con que la memoria cubre los recuerdos, fundamentalmente, acerca de nosotros mismos.

Entonces, por ser una suerte de epitafio o de despedida, solo así uno puede imaginarse a sí mismo tal vez como mucho más de lo que realmente fue, total, ya nunca más será.

Le digo adiós a mis horas de docencia y por eso me permito hablar de ella; lo mejor de mí queda en estos farragos de papel que no son más que sentimientos y recuerdos de las mejores épocas pasadas y no quiero que se vayan conmigo por el camino del definitivo olvido.

Mis hasta ahora cuatro nietos (dos de ellos con genes *subtiaveños*) tal vez, algún día, le den algún sentido a todo ésto.

1 CÓMO EMPIEZA ESTA HISTORIA

Creo que desde siempre (de manera latente o manifiesta) he llevado la docencia en mi caja de herramientas; se me hizo visible como vocación, así de pronto, sin anunciarse siquiera, fue casi como una revelación que se produjo un día igual que cualquier otro, en aquellos lejanos tiempos en que mi vida transcurría gris y rutinaria en un trabajo en el que tediosamente sentía cómo el tiempo se me escurría miserable e inútilmente entre los dedos, no haciendo otra cosa que llenar mis pulmones de fino polvo harinoso a cambio de unos dineros que, aunque honrados, siempre resultaban escasos para alcanzar cualquier sueño.

Bien vale una necesidad económica como motor y excusa; pero claro que también se hubiera podido pensar en cualquier otra cosa, será tal vez por los asuntos del destino, de ese destino que se forja cada uno a través de cada una de las decisiones que va tomando a lo largo de toda su vida.

Allá por el año 1974 comencé a ejercer la docencia en forma particular, contando con mis modestos saberes como único capital disponible.

Mis conocimientos de entonces me permitieron, a la par de ganarme unos pesos, abrirme la puerta y ponerme en contacto con un mundo maravilloso que hasta ese momento poco conocía (más que de puro haberlo vivido en otras épocas, del otro lado del escenario educativo y con otros paradigmas), y que me acompañaría luego tenaz y porfiadamente por el resto de mi vida.

En mis épocas del secundario debo admitir que, aunque escasos, tuve buenos docentes (que profesaban ideas muy diferentes a los clásicos del discurso hegemónico de entonces y ponían en práctica metodologías pedagógicas muy distintas). De ellos aprendí los secretos más interesan-

tes de la historia y las intimidades de sus personajes (esencialmente presentados como seres humanos); la matemática, la física y la química, materias difíciles si las hay para la mayoría de nuestros jóvenes del secundario, así que el manejo de esos temas y un don natural de compinchería, cariño, gusto, pasión, con más el agregado de algunos genes que desconozco de qué ancestro me habrán llegado, me facilitaron e impulsaron al ejercicio de esta actividad, me permitieron ir contando con un creciente número de estudiantes que me alentaron en aquel incierto principio para encarar la docencia decididamente en serio y con proyección de futuro.

Fueron los tiempos del revisionismo histórico, de las teorías críticas de la historia, del estructuralismo, de la descolonización, de los Movimientos de Liberación Nacional, la Tricontinental, Viet Nam, el Mayo Francés, de una generalizada crítica al orden existente, y todos esos eventos históricos que auguraban la emergencia de algo nuevo en el horizonte.



Aquellos primeros tiempos

Mi método fue, es y será el de desacartonar lo pomposo, bajar a los héroes de los pedestales, conversar con ellos de las cosas de sus tiempos con nuestra mirada de futuro, transmutar el bronce y su intangibilidad por la carne, los huesos, las debilidades que los hacen humanos, las fortalezas e ideas que criticar, y poder aprender de ellos lo que nos permita interpretar con otros ojos una nueva visión, allanar lo complejo (que se ha acomplejado de puro llano, dramática y simplemente como una herramienta para manejar el conocimiento como poder); cierto que en ese momento no lo tenía tan claro ni podía sostenerlo ni ponerlo en acto con tanta contundencia.

Tuve también, claro, otra clase de “buenos” profesores, los que me permitieron aprender exactamente todo lo contrario a lo que se debe hacer en la práctica positiva y útil de la docencia (o sea, que me la enseñaron por el método del absurdo...).

Esta compañera de ruta me llevó de la mano por el mundo, siempre me abrió una puerta, aún en los momentos más difíciles, porque es en esencia un atributo que se tiene para dar, para que quede algo nuevo y útil en el bagaje de la multiplicidad de conocimientos y destrezas que cada persona lleva en su mochila; fracasado es aquel que pasa de manera intrascendente por la vida de un muchacho o una muchacha, que ha omitido flagrantemente el precepto de formar y de ser formado, que se ha dedicado a transmitir mecánicamente cosas que otros le han dicho antes, y se niega a sí mismo (por ignorancia o ideología) la dinámica potenciadora de ese ida y vuelta del que se compone el asunto, esa relación única, particular e irrepetible, activa y dialéctica entre los dos universos que se ponen en juego en la educación (el del joven y el del adulto – el

que posee una clase de saberes diferentes al del otro, y que debe transmitir e intercambiar).

Siempre tuve la posibilidad (¿habilidad, lotería, talento, suerte, agudeza?) de poder encontrar en el fondo de la mirada de un muchacho todo un universo por descubrir y desentrañar; romper con la ortodoxia, con el molde preestablecido (que uno lo hace porque siempre ha creído que así debe ser, y en casi todos los órdenes de la vida), es tomar la iniciativa, es fijar nuevas reglas para un juego que se jugará en serio, tan en serio que hasta se permite la alegría para poder jugarlo; y con muy pocas reglas básicas y excluyentes: honestidad, sinceridad, respeto mutuo (del cual el docente debe dar el ejemplo) y “*palabra de vasco*”, esto es, hablar con la verdad y sostener siempre el compromiso asumido.

Pero no pretenden ser estas páginas un tratado sobre cómo ejercer la docencia, y mucho menos tienen que ver con pedagogía; aspiran a ser simplemente una serie de relatos en los que pondré en ejercicio el mejor de mis intentos para transmitir sentimientos y sensaciones de una persona común que le tocó en suerte vivir situaciones excepcionales, momentos donde salen a la luz las grandezas y las miserias de los seres humanos, en lugares hasta donde se ha llegado debido a esas decisiones de las que hablábamos antes, a veces con tiempo para medir riesgos y alternativas, a veces solo por intuición, pero sin perder nunca (y por suerte) el objetivo final que destella todavía como un faro luminoso indicándonos nuestro camino aún en los cruces más complicados.

2- LOS PRIMEROS TIEMPOS

Tiempos complejos y difíciles, adolescencias duras, fueron en los que se dio mi primer contacto con esos jóvenes maravillosos que tanta esperanza trajeron en esta tierra por aquellos años; por sus propios dichos y actitudes sintieron encontrar en mí no solo el profesor particular, sino también el amigo, el confidente, el consejero sobre todo en cosas que iban más allá de las materias pero más acá de la vida y los sueños de cada uno de ellos, y de un tiempo histórico que nacía a la par, lleno de vida y esperanzas de un mundo mejor.

Tuve, contaba, (y si bien no había estudiado formalmente pedagogía ni profesorado ni nada de eso en aquellos tiempos) la suerte de entender algo de matemática, el fantasma de tantos jóvenes, y la química y la física me resultaban tan gratas y juguetonas que nunca tuve mayores inconvenientes en identificar y transmitir los trucos y trampillas que ellas nos planteaban, donde las “x” se transformaban en los animalitos esquivos y traviosos que deberíamos correr de aquí para allá hasta por fin poder acorralar y atrapar; no me queda duda de que mis muchachos, en su gran mayoría, llegaron a entenderlas un poco y a fascinarse junto conmigo abordando y descubriendo la solución para cada nuevo problema.

Se armaban verdaderas batallas intelectuales entre los más avanzados y los menores (que con el tiempo me enteré que era una metodología bastante parecida a la empleada por los jesuitas) hasta que finalmente se concluía cuando la luz le ganaba a la oscuridad y todos nos íbamos plenos y satisfechos de haber comprendido las causas de los problemas, aplicado las metodologías apropiadas, y finalmente encontrado las respuestas buscadas.

Fueron tres hermosos años en los que se formó un grupo humano sólido aunque heterogéneo en edades y materias, en el que los problemas de uno eran “*cuestión de estado*” y todos (tanto en las materias escolares como en las cosas de la vida) se comprometían hasta encontrar las soluciones para los problemas con los que cada uno aparecía.

Fuimos descubriendo que compartíamos el compromiso con las ideas y las fuerzas emergentes en esos años; de diferentes colegios, distintos estratos, por diferentes materias, de diversas edades, logramos construir un “aire de familia” con una curiosa capacidad de autopotenciarse (luego se llamaría algo así como *sinergia*) y de continuar nuestras relaciones más allá de los horarios de las clases.

Recuerdo a mis jóvenes de los 70’, época en que la vida burbujeaba en las venas, época de amores incontrollables y revoluciones posibles, cierro los ojos y los veo lidiando con los polinomios y las piernas de alguna muchacha, con las funciones trigonométricas, pero especialmente con el *seno* y el *qué senos!!!*, pero definitivamente ninguno se iba por la *tangente*, porque casi todos estaban comprometidos con la realidad que los circundaba.

Caritas culpables, caritas esperanzadas, caritas indiferentes como resignadas a pasar con dignidad una difícil situación impuesta por los mayores, indefensos e impotentes para poder modificar esa realidad, así aparecían por la puerta de la casa del barrio porteño de Caballito aquella cohorte de jóvenes que desde el 1 al 5 año acudían en búsqueda del milagro de aprender en 15 días todo lo que durante el año entero no había logrado despertar el más mínimo interés en sus espíritus.

Afortunadamente, se iban con las caras bien distintas: más alegres, más seguros de si mismos, con más confianza en la vida y en sus propios saberes e ideas; la mutación se

había producido gracias a ese grupo de jóvenes con los que tuve el privilegio de trabajar.

Ellos nunca lo sabrán, pero fueron mis primeros ratoncitos de laboratorio, mi primera experiencia pedagógica, y desde aquellos días, la docencia fue una compañera inseparable.

Descubrí que atrás de cada materia aplazada había una cuestión humana, y que era posible avanzar en los dos terrenos para poder alcanzar los dos objetivos: aprobar el examen y entender un poquito más acerca de otras cosas que les iban pasando por efecto de las hormonas adolescentes y de la patria exultante.

Descubrí también que tras cada aplazo había una dosis considerable de problemáticas, desentendimientos y limitaciones familiares y docentes, de falta de proyecto pedagógico, de justificación de un trabajo y un sueldo, y de falta de convicciones e ideales por parte de quienes debían impartir el sacerdocio de la educación.

Los tiempos que corrían por aquel entonces y las cosas que pasaban en mi país auguraban la posibilidad de que se produjeran cambios profundos en muchos aspectos de nuestra realidad; nadie imaginaba, ni por asomo, todo lo que pasaría después, y sobre todo a partir de un 24 de marzo de 1976...

Mucho tiempo después me llegaron noticias que dos de ellos se integraron activamente en las organizaciones de la época, y hoy figuran en la amarga y dolorosa lista de nuestros 30.000 desaparecidos

3- ALGUNAS LUCES SOBRE ALGUNAS SOMBRAS

Cuando los vendavales del terrorismo de estado me llevaron lejos, fue de maestro mi primer trabajo, lejos de la patria, pero rodeado de jóvenes cuyos padres habían sufrido el mismo destino; chicos desarraigados, viviendo en una realidad ajena y difícil, con un régimen de escolaridad diferente e incomprensible, pero por suerte yo era compatriota y compañero, y como la matemática es igual en todo el mundo (al menos el occidental y cristiano), así nuestros encuentros eran no solo para el dictado de clases sino también para las evocaciones y los recuerdos construyendo, aparte de conocimiento, un rinconcito cálido donde también se hablaban de las cosas queridas que habían quedado allá lejos.



Cada uno de estos momentos guarda tantos recuerdos que ameritarían muchos cuentos por sí mismos, pero la evocación principal que me motivó a descargar estos sentimientos en esta forma fue sobre otra experiencia, un tanto diferente, un sueño hecho realidad que nunca imaginé posible de vivir en esta vida, y sobre todo después que la noche cayera tan ominosamente sobre mi tierra.

Tuve la tremenda suerte de sobrevivir a esos tiempos de muerte y de locura, de poder irme y de poder volver; seis años pasaron desde la partida hasta el regreso. Seis largos años.



Hubo necesariamente un antes y un después del exilio, y en el medio, esa maravillosa e impresionante, tan violentamente dulce Nicaragua, que se cruzó en mi camino porque también, obstinadamente, la fui a buscar.

Luego de mi retorno, capacité en apicultura, carpintería y cunicultura, en huerta y animales de chacra a alumnos con capacidades diferentes de la escuela 501, y trabajé también con las Unidades Cooperativas de Estudio y Trabajo (UCET), un proyecto destinado a la recuperación de los chicos en situación de calle.

Desde allí, hasta la experiencia educativa realizada entre 1991 y 1993 en la Escuela Rural N° 8 de Arroyo Seco (Tandil, Argentina) ha corrido mucho agua por mi propio arroyo tumultuoso: cuando las cosas fueron cambiando y cuando los vientos de la vida me fueron llevando hacia otros destinos, nunca dejé de lado la docencia, aunque adquiriría nuevas características, nuevas técnicas y nuevos destinatarios.

Actualmente estoy a cargo del Área de Capacitación Institucional de un prestigioso Instituto Nacional, sigo teniendo el privilegio de aprender cada día un poco más acerca de la planificación educativa, la capacitación en el empleo público, las demandas institucionales y las pequeñas miserias cotidianas del factor humano con las que hay que combatir todos los días, en batallas tan impresionantes como las que se libran contra la propia ignorancia.

Este ancho camino me permitió acceder a la enseñanza universitaria sobre un tema por el que aún queda muchísimo por investigar y compartir conocimientos.

He participado en la Educación Popular, en las estructuras del poder pedagógico desde un humilde puesto de profesor de materias agrarias en comunidades campesinas sin luz eléctrica ni caminos reconocibles desde las que

se alentaba la producción familiar y comunal, funcionando la escuelita como irradiadora de tecnología e insumos agrarios.

He tenido el privilegio de poder incidir sobre corazones desbocados y mentes confundidas con el poder de la palabra (afortunadamente apropiada) que surgió en el momento oportuno de la mente, la boca y el corazón del maestro rural.

He acompañado al frente de talleres pedagógicos la introducción de profesionales en algunas temáticas que más mal que bien manejo, he coordinado y evaluado cursos, planes, programas, he participado en la elaboración de post grados y especializaciones, y la educación, en la más amplia de sus acepciones, me acompaña indefectiblemente y ya forma parte de mi personalidad.

Por eso es que mi profesión de Sociólogo la he encarado desde la perspectiva de la Educación, gracias a lo que pude aprender un poco de su historia, tan apasionante como la de la misma humanidad, de la que forma parte indisoluble.

He recorrido de su mano los contenidos y las formas de legitimación de saberes desde la antigüedad, pasando por la extraordinaria historia griega y romana (herederas de los egipcios y los persas), transitando por las diferentes etapas de la Edad Media, para desembocar finalmente en la Modernidad, su “Revolución Científica” y el estado actual de todas estas cosas, cuando y donde finalmente descubrimos que todo saber es relativo y que solo contamos con un poquito de luz, apenas un destello en la oscuridad, producto de unos pequeños pasos en la tiniebla de la ignorancia y “montados en los hombros de gigantes” que nos permiten presumir de poseer un camino inequívoco hacia un “conocimiento supuestamente verdadero”.

Caminé por los parques, plazas y paseos acompañando y escuchando atentamente en sus academias y liceos a los sofistas griegos; he paseado por los pasillos de las universidades medievales cantando y bebiendo con los goliardos, y he estado en las clases magistrales de Abelardo y en el estudio de Descartes, en el laboratorio de Newton y en los castillos europeos donde los aprendices de caballeros teñían su educación con cuestiones de caballería, lanzas, escudos y armaduras.

¡Cuántas noches de insomnios pasamos con Agustín de Hipona pensando cómo introducir el saber platónico y aristotélico entre la jerarquía de la iglesia romana sin despertar las sospechas de los inquisidores!

¡Cuántas frescos atardeceres en Andalucía pasamos masticando dátiles y bebiendo licor de anís con los magos y sabios moros debatiendo sobre el universo y el álgebra que nos legaron!

Medité y ayuné en los monasterios medievales de oriente y occidente, donde el conocimiento se condensaba en libros delicadamente manuscritos encuadernados por los monjes con ornamentos de oro y plata; fui observador de los métodos pedagógicos de la Compañía de Jesús, estuve en sus concilios y en los debates para la elaboración de su *Ratio Studiorum*; me llevé bajo el brazo el pergamino de la *Licentia Ubiqua Docendi* y participé de los debates de los hermanos seculares y regulares sobre el realismo y el nominalismo; con Duns Scotto y Guillermo de Occam -y su famosa cuchilla- discutimos a la sombra de los milenarios robles europeos las derivaciones de la lógica, su *Modus Ponens* y su *Modus Tollens*.

...Y como Tomás de Aquino, pensé que era más probable que una vaca volara a que me engañaran mis hermanos...

No contaré sobre un asombrado capacitador en carpintería al que un chico en situación de calle, su alumno, en un momento de crisis, le posicionó un afilado formón rozándole la yugular; tampoco contaré cómo un día, para su cumpleaños, esos mismos chicos fueron a “hacerse” un pasacasete para regalarle a su profesor.

Tampoco contaré de viejos y queridos ex alumnos cuando confesaron haberse bebido íntegra en la celebración por haber aprobado el examen, la botella de whisky que iban a regalarle al profesor que los había preparado; ni aquel muchacho que en 20 días preparó no solo la materia que venía a preparar sino otra también que consideraba definitivamente perdida y que aprobó con una nota excelente.

Tampoco contaré del hijo de un muy conocido deportista que, a caballo de su fama y apellido pretendió pagarle al profesor (que por cierto en esos momentos estaba pasando un momento económico bien complicado...) para que le hiciera el examen escrito a su hijo, entre tantas y tantas cosas que han pasado transitando el camino elegido.

4- ENTRANDO EN TEMA

Nicaragua. Centroamérica. Desde aquel piedrazo que en el S. XIX le propinara Andrés Castro a un soldado de William Walter, filibustero norteamericano que quiso apoderarse de Nicaragua allá por 1853, continuándose julio de 1979 con la caída definitiva del poder de la dinastía Somoza (instalada desde el asesinato de Sandino y sustentada por las armas y el apoyo de los sucesivos gobiernos de los Estados Unidos de Norteamérica), Nicaragua ha sido un pueblo y un país que no se resigna a lo esquivo de la suerte.



Monumento en homenaje al Gral. Benjamín Zeledón, en Catarina

Es conocida en toda Centroamérica (y no metafóricamente), como la tierra de los volcanes y los poetas.

De los volcanes tomó su determinación, su imprevisibilidad y su incontenible energía; de la sensibilidad de sus poetas se ha nutrido la lengua y el espíritu de su pueblo, y de la articulación entre ambos han surgido poetas volcánicos que supieron sacar desde el fondo del corazón de la tierra su fuerza más violenta para erupcionar en los momentos en que la patria los ha necesitado.

Sin mencionar a Rubén Darío, el grande entre los grandes, evocamos a Rigoberto López Pérez, joven poeta que con un pequeño revolvito ajustó cuentas con el matador de Sandino antes de caer acribillado por sus esbirros.

Evocamos también a Leonel Rugama, quien murió combatiendo y cantando la marcha del Frente Sandinista, enfrentando él solito a 300 guardias somocistas que lo tenían rodeado, y a quienes dedicó su inmortal y mejor poema jamás escrito: ¡*que se rinda tu madre!*

Evocamos al maestro sandinista Ricardo Morales Avilés, el de los ojos claros, aquel que murió en la tortura sin decir más palabras que las estrictamente necesarias: *“soy y seré militante de la causa sandinista”*.

Evocamos a un pueblo de espíritu rebelde, duro pero alegre; silencioso, agazapado y a la espera como sus fumarolas, e indetenible y llameante como los volcanes en su erupción llegada *“la hora de las piedras pómez”*.

Evocamos al Coronel Santos López, integrante del Coro de Ángeles del ejército de Sandino (aquel grupo de niños que en los combates gritaba y hacía zafarranchos para confundir y desorientar al enemigo, y funcionaba como ágil correo entre sus frentes a través de las montañas) quien transmite el legado histórico a las nuevas generaciones encabezadas por Carlos Fonseca Amador, hijo *“natural”* como Sandino, fundador y jefe indiscutido del proceso que llevará a su pueblo a la victoria.



Casa natal del General de Hombres Libres
Augusto César Sandino en Niquinhomo

Evocamos a ese guía y educador por excelencia, ese que *“es de los muertos que nunca mueren”*, el que fue *“mecanógrafo, hormiga, martillo”* y que dijo en medio de las privaciones de la vida en la montaña a su Estado Mayor - *“y también enséñenles a leer”*.

Pido entonces, como hiciera nuestro querido Martín Fierro, que todos ellos acudan a mi memoria, me ayuden y aclaren mi pensamiento en esta modesta empresa que he decidido emprender.

Estas pobres líneas apuntan a dejar un testimonio mucho más contemporáneo y con modestas aspiraciones de una narrativa para nada dramática o apologética; se proponen simplemente poder reconstruir algunas anécdotas de lo vivido y sentido por un maestro rural en un contexto excepcional, en el que una sociedad atacada por sus cuatro costados, empobrecida, amenazada, agredida, y que aún así, en medio de esa su tremenda escasez de recursos, apostó fuertemente por la educación, y convocó a los maestros del mundo a que le dieran una mano en ello.

Y escuchando ese llamado, este por entonces joven, que por esas alturas de su biografía se encontraba en España habiendo puesto una prudente distancia entre su enflaquecida fisonomía y la larga noche de terror y muerte que se había adueñado por la fuerza de su amado país, decide volver a América Latina a reencontrarse con su identidad, con las raíces de una historia mucho más tangible y entendible, mucho más urgente y necesaria que la intentada de reconstruir entre los ancestros de su viejo Euskal Erría.

Al menos he logrado sobrevivir para rescatar de mi memoria estos relatos que les presento; son la más absoluta, verídica y fiel reproducción de los sentimientos que despertaron en mí los pequeños acontecimientos cotidianos que se sucedían en una escuelita rural en el medio de un

campo duro y seco, en la cintura más castigada de nuestra Latinoamérica, allí donde una vez se soñó con construir una sociedad distinta más justa y solidaria.

Allí donde muchos de nosotros, mis hermanos de generación, pudimos ver no solamente que los sueños por los que habíamos luchado en nuestra patria eran posibles, que un pequeño paisito centroamericano lo había logrado, y también que por eso allí estábamos, para poner un granito más de arena, granito que nos fue devuelto con una gigantesca montaña de gratitudes y enseñanzas que llevaremos por siempre como legado y testimonio de unos tiempos irrepetibles que, sin duda, todos los que por allí pasamos, conservamos entre los más felices y dolorosos, entre los más dulces y amargos de nuestras vidas.

Y fue simplemente eso, la pequeña tarea cotidiana y gigantesca tarea colectiva de *“convertir la oscurana en claridad”*, de llevar la educación hasta todos los rincones de una tierra olvidada por los dioses (olvidada para llevarle el progreso, pero bien tenida en cuenta para robarle sus recursos naturales y fuerza de trabajo), donde a veces el misterio de una operación matemática venía de la mano de los morteros de los enemigos de la humanidad, las vocales junto con las luminosas balas trazadoras, el lindo y esperanzador olorcito a jabón de los delantales y el aroma a frutas frescas era desplazado por el olor a pólvora, y el aroma a vida y a futuro que se percibe en una escuela, muchas veces fue desplazado por el olor amargo y salobre de la sangre y de la muerte.

Y simplemente por eso, por defender en acto el derecho de un pueblo a su educación, a punta de tiza y pizarra algunas veces, y a fuerza de bala en otras ocasiones, muchos cooperantes internacionalistas de tantas patrias distintas, hermanados todos en la educación, intentando

llevarla adelante en otros pueblos del mundo y en un proceso revolucionario, para acercar un poquito la realización de un sueño, cuya concreción continúa cobrándose vidas todavía en todos los rincones empobrecidos de este planeta asimétrico en el que se sigue luchando, al menos, por una mayor igualdad de oportunidades para todos.

Muchos educadores dejaron la vida en esta tierra de volcanes y poetas, de héroes niños y adolescentes, de escolares comprometidos con el sueño de su pueblo, de ojitos que se entrecerraban para la infantil picardía y también para la toma de puntería, donde una clase de matemática era frecuentemente interrumpida para ir rápidamente desde el aula a ocupar posiciones de defensa en las trincheras, en los puentes o cruces de caminos estratégicos, donde el guardapolvo fue muchas veces apresuradamente reemplazado por el uniforme camuflado de las heroicas Tropas Guarda Frontera en un cambio de roles que había rápidamente que metabolizar...

Por todos los Luis Alfonso Velásquez Flores, niños mártires del pueblo sandinista, los Georgino Andrade, jóvenes mártires de la Campaña de Alfabetización, por todo el pueblo héroe y mártir de Sandino cuyos sueños, aún hoy, están todavía irredentos, emprendo esta tarea, como un compromiso, como el trabajo de un militante de la vida, con el deber de convocar a mi memoria (pobre por cierto) y a mi corazón (rojo y a la izquierda), en solo la intención de mantener vivo el espíritu de aquella gesta que sin duda sigue presente y más viva que nunca en todos los rincones del mundo donde tantas injusticias se manifiestan todavía.

Estas son entonces las historias cotidianas, contadas por un actor y testigo directo de cada una de ellas, estas son las sensaciones y los recuerdos.

Van en cada una reseñadas las diarias hazañas de un pueblo pobre pero digno, despojado pero valiente y decidido que, en medio de su penuria y sufrimiento, jamás abandonó la esperanza, la alegría, ni la posibilidad de seguir soñando a pesar de todo, y que supo llevar la denuncia de la agresión sufrida por la mayor *“prepotencia”* (al decir del Obispo Pagura) del planeta, los gobiernos de los Estados Unidos de Norteamérica, hasta los más altos tribunales de todo el mundo, en los que fueron condenados, pero nunca hasta el día de hoy han pagado su deuda con la historia.

Con su voz pequeña y frágil, pero con la poderosa determinación propia de las grandes y nobles causas de la humanidad, así entró Nicaragua en el mundo de los nuevos tiempos, así queremos recordarla y desde allí volverá cuando suene nuevamente *“la hora de las piedras pómez”*, y llegue otra vez, impulsada por los vientos de la historia y la voluntad de los hombres, la definitiva hora de los pueblos del mundo.



El General Sandino con su Estado Mayor en San Rafael del Norte

Nosotros, los sobrevivientes, somos solo eso; sobrevi-
vientes que cargamos (y con legítimo orgullo) en la memo-
ria todo lo vivido, con el ineludible compromiso de testi-
moniarlo para que quienes nos siguen en esta senda y en
los vaivenes de esta larga aventura de vivir y de soñar con
un mundo mejor, tomen de ello lo que más útil les parezca
para encontrar sus propios destinos y escribir sus propias
historias, pero por sobre todo, para que tomen conciencia
de que esa historia plural no es escrita solo por los héroes
individuales sino por *“toda una masa anónima, taciturna y
sombria que ha echado a andar, decidida a entrar definitivamente
en la historia”* de la humanidad, donde cada uno de noso-
tros tiene un lugar, y donde la situación deja cada vez me-
nos tiempo y espacio para mirar a otro lado.

El lugar: Valle de Los Aburtos, República de Nicara-
gua, Carretera vieja a León, km. 34,500. Departamento de
Managua, Municipio de Managua. La Escuela: ERET (Es-
cuela Rural de Estudio y Trabajo) Farabundo Martí.



Los otros lugares: ERET (Escuela Rural de Estudio y
Trabajo) Gaspar García Laviana, Comarca de San Ignacio,

Municipio de Tola, Departamento de Rivas, al sur del país, zona fronteriza con Costa Rica.

Los tiempos: octubre de 1981 a julio de 1983.

Evoco también la ERET de Catarina, de cuyo querido Director, hombre amable, retacón, y siempre decidido y encarador, ya no recuerdo el nombre.

Evoco también la ERET de Monte Fresco, cerquita de la nuestra, donde trabajó la Hermana María Esther, también compatriota.

Los actores: alumnos, docentes y vecinos de las comunidades campesinas de ambas comarcas, y cooperantes hermanos internacionalistas cubanos, españoles, vascos, uruguayos y argentinos a quienes tuve el honor de conocer y con quienes tuve el inmenso privilegio de trabajar.

El cómo llegué hasta allí es una asignatura que asumo todavía como pendiente y queda, por ahora, en la lista de asuntos por terminar antes de irme.

Estos son entonces los hechos, los personajes, los sentimientos y las circunstancias. Estos son los relatos.

5- LLEGADA

Ni bien bajé del avión en el Aeropuerto Internacional Augusto César Sandino un calor abrumador se adueñó de toda mi persona; como buen andariego, apenas en un bolso de mano cargaba algunas pertenencias de uso personal, las que constituían, por otra parte, casi todo mi capital tangible en esta tierra.

Llevaba solo una carta de recomendación al compañero MG, a quien no conocía, pero un amigo común, JA, uruguayo él, antes de abordar el avión me entregó mirándome firmemente a los ojos, deseándome mucha suerte y fundiéndonos en un fuerte, entrañable e inolvidable abrazo.

Llegué con toda la voluntad y el empeño de encontrar un lugar en el mundo que me ofreciera la posibilidad de darle un sentido algo más consecuente con las ideas que me habían llevado al exilio que las actividades comerciales desarrolladas en España (pueblo al que aprovecho estos escritos para agradecer su solidaridad, hospitalidad y cobijo brindado a todos los sudamericanos que en esas oscuras

épocas por estas tierras encontramos allí un lugar en donde, por lo menos, poder vivir con algo de tranquilidad y poder pensar con algo más parecido a la sensatez).

El recinto donde se realizaban los trámites migratorios de ingreso al país estaba decorado con cuadros de héroes y mártires del pueblo caídos en la lucha contra la dinastía dictatorial, cuyo último representante, Anastasio Somoza Debayle, fuera definitivamente desalojado del poder un 19 de julio de 1979 por el Frente Sandinista de Liberación Nacional.

Recuerdo que en una extraña transmutación de dimensiones, imágenes, tiempos, lugares y sentimientos, y a través de una incrédula y humedecida mirada, esos rostros se transformaban alternativamente en las caras de los muchos y muy queridos compañeros muertos o desaparecidos en mi país, como dándome la bienvenida y como diciéndome “ya era hora de que llegaras, este es tu lugar, acá es donde debes estar”.

Recuerdo que tomé un taxi hasta la casa de una familia conocida de España que había viajado antes que yo, como para hacer base hasta encontrarme con el compañero a quien debía entregarle la carta de presentación y esperar mi destino.

Por supuesto (como siempre pasa en cualquier tiempo y en cualquier lugar) que esta gente no estaba cuando llegué, de modo tal que, planeando volver después, cuando la vecina me anotició de la hora en que los encontraría de vuelta de sus trabajos, me largué a caminar un poco por la capital Managua para hacer tiempo.

Siete años antes un terremoto la había devastado, no tenía un centro identificable, ruinas por todos lados (producto también de la guerra) pero una increíble cantidad de

niños y jóvenes por todas partes. Todo era juventud, todo era dinamismo, todo era actividad y todo era ...calor...

En esa época, Nicaragua tenía menos de dos millones de habitantes; un año antes la mitad de su población no sabía leer ni escribir; un año después había sido derrotado el analfabetismo en una Campaña de Alfabetización premiada por la UNESCO, en la que el pueblo se enseñó a sí mismo.

Como contaba, la ciudad estaba llena de carteles, cartelones, pasacalles, banderas, banderolas, estandartes y pancartas por todos lados alentando a la defensa, al estudio y a la producción; las cuatro letras blancas y gigantes del FSLN en la cima del cerro Motostepe, le ponían al paisaje el sello de los nuevos tiempos, coronaban el paisaje que contorneaba los restos de la ciudad y se veían claramente desde sus cuatro costados.

Finalmente, agotado de la caminata, con el bolso a cuestas, y... el calor... llego nuevamente a la casa, donde me recibieron con los brazos abiertos y me allanaron en todo lo que les fue posible mi sinuoso camino hasta llegar a instalarme definitivamente en mi escuela.

6- LAS ZAPATILLAS BLANCAS

Llegué a Nicaragua proveniente de España, pueblo y país hermano que como contaba me acogió como a un hijo más y con la más poderosa de sus solidaridades, la popular.

Llegué con una impresionante y devastadora gastritis que me tenía gris y doblado en dos por el dolor; con medicación en pastillas, frasquitos, jarabes, ungüentos, pócimas de todo tipo y no sé cuántas cosas más.

Era el bagaje que cargaba de mis (hasta entonces) cuatro años de exilio; lastimosa dolencia que había resistido todos los abordajes del “*Alusil jarabe*” y que las viejas sabias curadoras de la comarca me resolvieron con frutitas de “*tihuilote*”, y la sociedad toda me cubrió las células principales del epitelio estomacal con el bálsamo de su cariño, cuidados y dedicación; la Revolución Sandinista demostró ser para esos males el mejor de los medicamentos.

Llegué con dos collares de coral blanco (último recuerdo de mis experiencias comerciales en la península ibérica), un reloj, algunos libros y un hermoso par de zapatillas deportivas blancas.

Los collares quedaron ornamentando el cuello de sendas hermosas muchachas, el reloj en la muñeca de un hermano oficial del ejército (que luego cayó en combate) y los pocos libros más queridos (mi 2º biblioteca itinerante), también quedaron en la escuela de San Ignacio.

Llegué también con una máquina de escribir, regalo de mi padre cuando me visitó en España, y que como es de imaginar quedó también para la escuela.

...Y llegué con un hermoso par de zapatillas deportivas blancas, nuevas, compradas al efecto de proteger mis pies de eterno caminante por los nuevos senderos que elegí para continuar mi camino por la vida ¡orgulloso andaba yo con mis zapatillas blancas!

Los pocos días que anduve por el asfalto de la ciudad (porque al poquito tiempo de llegar ya me fui a trabajar a la escuela) cumplieron decorosamente con el papel para el que habían sido adquiridas y asignadas; me llevaban y traían de todas partes conservando majestuosa y orgullosamente su blancura y su aspecto ágil, cómodo y caminador ¡eran un lujo de la tecnología deportiva europea!

Cuando llegué por primera vez a la comarca donde estaba la escuela (por supuesto, montado en mis blancas zapatillas) y empecé a recorrer sus paisajes, senderos y personajes, no pude evitar darme cuenta que eran miradas de una manera especial, y bien pronto me daría cuenta del por qué...

Al poco tiempo de andar nomás, las pobres perdieron toda su lozanía y esplendor; la tierra y lo agreste de los caminos lentamente las fueron destrozando de la manera más cruel e inexorable hasta no dejar de ellas más que un triste recuerdo de sus mejores tiempos (claro, fueron fabricadas con la lógica europea del cemento, el polvo de ladrillo y el confort...).

Cuando finalmente llegó el momento de despedirlas y reemplazarlas por un buen par de borceguíes o los humildes "*caites*" campesinos, óptimos para caminar en esos paisajes, ardieron en íntima y privadísima ceremonia de despedida a semejanza de los funerales hindúes o las antiguas tradiciones vikingas; y junto con ellas iba desprendiéndome poco a poco de cada cosita que había traído conmigo del otro lado del mar, del otro continente, y con cada una de esas cositas de las que me iba despidiendo, me sentía más y más allí, en mi lugar, allí donde debía estar, en mi América morena, en la América nuestra, en la América de verdad.



Planificando en el Ministerio de Educación – Programa PRODECO
(Programa de Desarrollo Educativo Comunal)

7- EN VIAJE

Cuando viajaba desde “mi escuelita” hasta la capital de Nicaragua (entiéndase la ciudad de Managua), que generalmente era una o dos veces por mes cuando debía ir hasta el MED (Ministerio de Educación) a cobrar mi salario de maestro, o cuando me llegaba a desempolvarme un poco y encontrarme con queridos amigos como el gallego José R. (entrañable y recientemente reencontrado después de 30 años) o el compañero Jorge T. (quien nunca perdió la bellísima costumbre tan argentina y tan porteña del “cafecito” con su consecuente charla, siempre bizantina y melancólica, alrededor de utopías y coyunturas, o de extrañamientos e inciertos retornos).

Decir que la comunidad quedaba a unos 50 km. de Managua, del asfalto y el magro confort que ofrecía la ciudad capital a un modesto trabajador como yo, es en reali-

dad decir poco menos que nada como dato para quien no conozca esas latitudes; pero tratemos de imaginar un país muy pobre, uno de los poquísimos que tal vez pueda competir con nuestro ingenio argentino, ya que el arreglar todo con “*mecate*” (una suerte de piola que reemplazaba en su concepto nuestro “*lo atamo con alambre*”) estaba desarrollado a una potencialidad difícilmente imaginable.

Decir que los micros (buses o “*rutas*”) eran una endemoniada e ingeniosísima articulación de piezas y modelos superpuestos de lo que alguna vez hubiera sido un esbelto colectivo, no nos daría tampoco una idea aproximada de lo que eran en aquella época los medios de transporte populares, sin mencionar las camionetas con la caja provista de asientos para transportar gente de un lado a otro. ¡Y cuánta gente!

Cuando parecía que ya no entraba nadie más, era cuando estos increíbles vehículos recién estaban a media capacidad (bueno, imaginemos cómo se viaja en nuestros trenes suburbanos y encontraremos algo parecido...).

Traslademos esto al parque general de transporte terrestre público y privado (autos, taxis, motocicletas) y tendremos una idea aproximada de lo que estamos hablando.

La escasez de unidades y su estado de deterioro, habida cuenta de que los magros recursos públicos se destinaban fundamentalmente a la defensa, la salud y la educación popular, provocaba que en los puntos de salida (difícilmente podríamos adjudicarle la categoría de “*terminales*”), generalmente en los extensos, grandes mercados ubicados en los puntos estratégicos de la ciudad, el Roberto Huembes, el Eduardo Contreras, el Israel Lewites, (bautizados con los nombres de “*Comanches*” sandinistas caídos en combate) se llenaran de gente desde las primeras (primerísimas por el calor permanente) horas del día, en

un anárquico intento de ordenamiento alrededor de unos palos que señalaban (o intentaban hacerlo) los diferentes recorridos y los destinos del epopéyico viaje que uno pretendiera realizar.

Otro muestrario multicolor de paisaje humano eran estos mercados: cuanta cosa existiera en el país allí se podía conseguir, desde ropa hasta animales vivos o embalsamados, comer una “*carnita desmenuzada*” con un “*fresco*” o un “*gallo pinto*”, cortarse el pelo en medio del gentío que transitaba por sus callejuelas interiores, en fin, desde el inmenso playón del Israel Lewites, salía el bus (forma nica de llamarle a los micros de media y larga distancia) que anunciaba su llegada a la ciudad de León (León Santiago de los Caballeros en su nominación completa) siempre y cuando, claro, no se destruyera en el camino, y habida cuenta de 34,5 km. de recorrido, donde debía bajarme para recorrer a pie el resto del camino, adentrándome en el campo.

Pero existía un atajo (¡no contaban con mi astucia!) bajándome en el Destilatorio (destilería donde se fabrica el Ron “*Flor de Caña*”, exquisito por cierto), por la misma ruta, a 32 km. desde Managua, y caminando por supuesto el resto del camino, se ahorran algunos km. y tiempo, siempre y cuando no hubiera llovido, porque en ese caso este atajo era un paso impracticable por el lodazal y los empantanamientos que se producían; de todas maneras, el 34 y medio siempre fue más confiable y el más recorrido por los seres humanos; ya que con suerte podía pasar algún vehículo y “*darte raid*” (algo así como hacer dedo) hasta la escuela, aunque no era muy frecuente que esto sucediera.



La silueta de Sandino recortada sobre el horizonte

Existía en la comunidad (el Valle de los Aburtos) un “servicio de camioneta” que hacía uno o dos viajes por día a la capital, pero es notable como un vehículo, aunque viejo y desvencijado, podía en ese contexto transformarse en un instrumento de poder, y del cual por cierto se corrían rumores que se abusaba el dueño, y en especial de las muchachas bonitas que, por cierto, las había en alto grado de dicha cualidad; generalmente no coincidían los horarios, pero por otra parte tampoco nos entusiasmaba la idea de pagarle un pasaje para que se engordaran las arcas de tamaño personaje.

Así que de ida o de vuelta, de la escuela a la capital o viceversa, la caminata muy pocas veces podía obviarse, transformando dicho viaje en una tarea de casi todo un día completito, porque habiendo por fin llegado a la carretera, solo Dios sabría cuándo pasaba el bus que venía de León

para Managua. A esperar y a meditar entonces sobre la inmortalidad de los cangrejos y las problemáticas de las revoluciones.

Las partidas de los buses desde los mercados al destino final también carecían por completo de un horario preciso que te permitiera armar un cronograma de actividades diarias con una aproximación de 4 o 5 horas en punto; (de hecho, había dos formas populares de acordar la hora de los encuentros: la “hora nica”, o sea cualquiera, y la “hora sandinista” o sea la hora en serio) siempre existía la posibilidad de la suspensión de algún servicio por rotura del micro, porque no salía hasta que se llenaba de gente a reventar y ya no quedaba un miserable lugar al que aferrarse, el techo, los estribos, los paragolpes y los innumerables paquetes, cajas, jaulas, valijas, gallinas, marranos y cuanto bulto imaginable del cual pudiera valerse un ser humano para transportar alguna mísera pertenencia, terminaban ocupando todos los espacios. Quedaba siempre la alternativa de resignarse y esperar al siguiente... si lo había...

Sorteadas todas las peripecias para acceder al transporte que me llevaría triunfal hasta mi destino, si por fortuna conseguía un asiento, debía predisponerme a todo tipo de presiones físicas e intentar no desfallecer en el intento, porque era tanta la gente que entraba en esos buses que, poco menos, se te sentaban encima, y recuerdo a esas mujerotas, tremendamente tetudas y culonas, con unos brazos que semejabán cobrizos caños articulados de varias pulgadas de espesor, algunas que otras “cinturitas de huevo”, esas piernas que envidiaría el mismísimo Diego Armando, y con esas sus permanentes sonrisas desdentadas e irreverentes ante mis visicitudes de “chele” importado, aunque tratara de disimularlo con mi entonces negra cabellera y una modulación de voz y un vocabulario que

rápida­mente adapté a sus tonaditas, formas y maneras de decir las cosas (*va pueeesss, colochó, tilinte, cavanga, guaro, bolo*, etc.).

En la inevitable parada “del 7 Sur”, el cruce de caminos que se abría al final de By Pass y que llevaba a León doblando a la izquierda, y a Las Piedrecitas y el hospital Vélez Pais doblando a la derecha, éramos virtualmente asediados e invadidos por las “vivanderas” que nos ofrecían cuanto manjar existiera sobre la tierra para mitigar el apetito, la sed o las desdichas sufridas hasta llegar a ese punto del recorrido.

Las “cajitas de pollo rostizado”, las “bolsitas de fresco”, el “quesillo en trenzas”, las “cosas de horno”, el “pinol”, “atol”, “atolillo”, “berrerreque”, “cajetas”, “raspados”, y cuanta cosa habida y por haber pudiera ser vendida en esas circunstancias.

Los “frescos” (jugos de voluptuosas frutas tropicales, o de cacao, jengibre o pinol) eran para mí algo especial; en una bolsita plástica transparente, de esas comunes donde se guarda o envuelve cualquier cosa en cualquier parte, con una pajita y un nudo alrededor cerrando todo el constructo, ofreciendo a la vista los más variados colores, y “sudadita” en medio de tanto calor, me esperaba la fresca y dulce bebida que por un peso a cualquiera podía llevar al disfrute de semejante exquisitez.



Con mi amiga la "China" (llamada así por ser de de Chinandega)

Los había rojos intensos de "*pitahaya*", amarillos brillantes de "*marañón*", marroncitos tristes de cacao, indefinibles de jengibre, nacarados de *piña* o de "*tihuilote*", rosaditos de "*papaya*", pardos y enigmáticos de "*tiste*" (que terminaban siendo más pasta que jugo) pero ya a esa altura de la odisea eran un clásico y una verdadera bendición de frescura (cada uno con su hielito adentro) para la maltratada garganta de este sureño personaje.

(Con todo el dolor de mi alma, comprobé casi 20 años después que lo embotellado, gaseoso y extranjero había terminado copando el mercado de las bebidas populares, y mis queridos "*frescos*" ya casi estaban extinguidos).

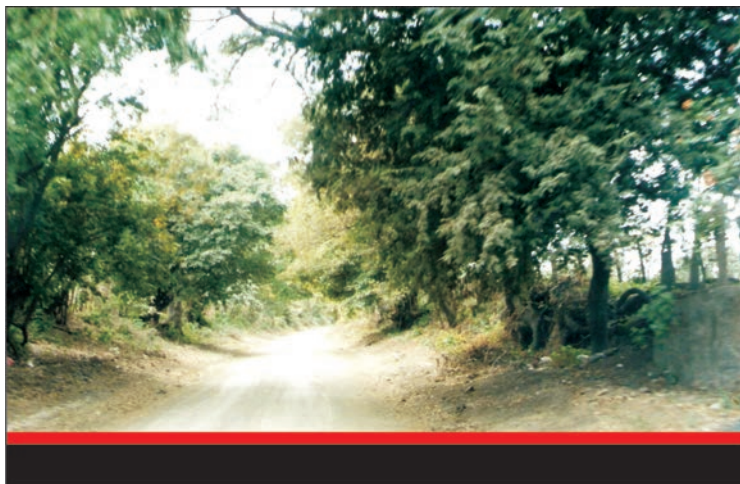
Habida cuenta de la partida de esta escala inmediata luego de comenzar el viaje, las próximas paradas eran breves y no tan continuas; un descenso por aquí, un ascenso por allá, pero el camino se iba recorriendo ya con un poco más de rapidez (si así se le puede llamar) a través de un camino de curvas, contracurvas, subidas y bajadas, esquives de baches y vehículos, rebajes, aceleres, encierro, polvo, sudores populares, alguna pequeña rafaguita de viento piadoso, y allá ...luego de eternos e interminables 45 minutos de traqueteo, llegaba por fin el momento de descender de los 6 neumáticos del bus amarillo para que asumieran su rol conductor en la segunda etapa el viaje las dos zapatillas que alguna vez fueran blancas, y ahora ya de un color indefinible.

La segunda etapa del viaje era un sano ejercicio de marcha de infante, que comenzaba con un enérgico y vivaz paso redoblado, sacando pecho y cantando para darme ánimos (y en voz bajita para no delatar tan fácilmente mi grado de locurita) “La Consigna”, el Himno del Frente Sandinista, “La Marcha Peronista” o “La Internacional” y culminaba, dos horas después, con un lastimero arrastre de las extremidades inferiores, aunque con el orgullo intacto de haber podido llegar en una sola pieza, por fin, a mi destino.

El primer tramo, como decía, siempre se iniciaba con fe y optimismo; al poquito de caminar nomás, aparecía el cementerio (“Panteón” le dicen por allá) a la izquierda y un poquito más adelante como en diagonal una *ventita* donde podías hacer un pequeño alto de descanso y tomarte una bebida refrescosa.

A partir de allí comenzaba lo que podríamos llamar “la verdadera travesía” ya que casi hasta llegar a la escuela lo recuerdo como un camino serpenteante y solitario, pol-

voriento y agotador, abierto apenas en medio de montecitos bajos de vegetación tupida pero con muy pocos trechos de sombra.



Ni soñar con que pasara un vehículo porque era un acontecimiento muy poco frecuente, y si por milagro pasaba alguno, generalmente no te levantaba (no te “*daba raid*”) porque los pocos que tenían auto particular no simpatizaban con el sandinismo, y a nosotros nos asociaban, con toda lógica, como colaboradores, y encima te dejaban de regalo una polvadera fina y pegajosa a causa del sudor que te acompañaba por todo el largo trecho.

8- DÍA DE COBRO

Los primeros días del mes nos llegaba la noticia: ¡ya está el pago en el Ministerio! Era uno de los pocos motivos para

moverme de la escuela y visitar la capital. Partía entonces resignado y dispuesto a soportar estoicamente la odisea del transporte aludida (aunque ahora en sentido inverso), ya que la recompensa bien valía el sacrificio.

Con esos 2.400 córdobas que constituían mi sueldo tenía que aguantar todo el mes: debían alcanzarme para mis infaltables cigarrillos Delta o Derby (hasta que descubrí los Valencia, sin filtro, mucho más baratos, pero finalmente fumables, o hacía algún trueque con la “provisión” de Populares o Aromas con los compañeros de la misión cubana), algunos encarguitos especiales, el aporte para la comida común que compartíamos con el resto de los compañeros educadores (suena ofensivo y hasta vergonzoso este término; me pregunto en la escuela quién educaba a quién, y en qué cosas más importantes que estar construyendo una nueva sociedad más justa y libre), algunos implementos escolares para mis clases, infaltablemente algún libro, algunas “cajetas” para el viaje (especie de bomboncito dulce de varios sabores que se masticaba deshaciéndose de a poquito en el paladar), y ya no daba para mucho más, salvo para el sibarítico placer de atiborrarme antes de volverme a la escuela en el comedero frente al Sumen (cruzando el By Pass, enfrente al Ministerio) de varias piezas de “pollo rostizado” (algo así como frito en pan rayado o apanado) y un vaso gigantesco de gaseosa fresca de una conocidísima marca a nivel mundial.

Muy pocas veces me pude llegar en ese día de cobro hasta el Montoya a comer... ¡¡pizza!! un lujo, y más con ese sueldo, y más pretendiendo hacer gala de cierta caballerosidad proletaria e internacionalista invitando a alguna compañera maestra cubana a compartir conmigo semejante manjar.

(Me fui de Nicaragua, y hasta casi 20 años después no pude disfrutar del blanquísimo pan que se vendía en Plaza España, el más parecido “al nuestro”).

Eso era todo. Ese mismo día o la otra mañana, indefectiblemente, la vacación terminaba; a iniciar el camino del regreso a mi lugarcito en el mundo, a ese puntito inexistente en el mapa, a ese pedacito de patria latinoamericana que con todas las debilidades, errores, flaquezas, limitaciones, le ponía mi empeño “*en puta*” para poder justificar o devolver, al menos en parte, en pequeñísima parte, todo lo que la comunidad le regalaba día tras día a mi asombro cotidiano.

Ahí terminaba la fiesta.

Salvo en las ocasiones que me caminaba la incontable cantidad de cuadras que me separaban de la casa del gallego R. que compartía con el cura Juan Luis (un sacerdote francés que con profunda conciencia de clase eligió realizar su tarea pastoral en el corazón de la clase obrera, razón por la cual se encontraba allí, medio desterrado de su patria), en el barrio de San Judas (cuna del heroico Batallón 50-13 que se destacó en la frontera defendiendo la patria y la revolución de las incursiones de los “*contras*” en el norte del país), para compartir algunas botellitas de fresquísima chicha de maíz que se vendían “*a peso*” en la “*ventita*” de enfrente de la casa, junto a inolvidables platicaderas hasta las mil quinientas.



En la casa de San Judas, el Padre Juan Luis a la derecha



En la casita de San Judas

Algunas veces se llegaba hasta esta casa (entiéndase como casa una sencilla pero práctica habitación de madera a un costado de una construcción tipo chorizo, con techo de fibrocemento y tabiques divisorios de los ambientes del grosor de una cáscara de cebolla, en la que la cerradura era un simple y sencillo pasador) el Ambrosio Mogorrón, un vasco silencioso, paramédico enfermero, que trabajaba en el MINSA (Ministerio de Salud) y que guardaba siempre en su mochilita una ikurriña y una Zenith (cámara de fotos soviética) con la que documentaba sistemáticamente todas las atrocidades que cometía la “contra” en el norte del país, donde él trabajaba.

En uno de esos recorridos por las comunidades campesinas durante las campañas de vacunación, atendiendo el Puesto de Salud que estaba a su cargo, la camioneta en la que viajaba junto a varios líderes de organizaciones sociales de la zona, pisó una mina antitanque y nuestro querido compañero voló por los aires, no me cabe duda que sin detenerse, hasta llegar a lo más alto del cielo donde algunos dicen que están los buenos y los justos (en el caso de Ambrosio sí les creo).

Allí, si es que existe, lo habrá recogido Dios entre sus brazos por haber sido tan generoso en esta tierra. Una fundación vasca que financia investigaciones contra la leishmaniasis (lepra de montaña) lleva su honorable nombre. Como buen vasco, “corto en palabras, pero en obras largo”.

NERE SEME MAITEA

A Ambrosio Mogorron

Vasco porfiado
Sencillo, callado
Vasco enfermero
Modesto, sincero
Vasco increíble
Tenaz, invencible

No se dieron cuenta
Que no te mataban
Volaste en semillas
Pa que te sembraran

Y de esas semillas
Crecieron frondosos
Árboles gigantes
Sombreados, hermosos

Vasco entrañable
Ejemplo intachable
Vasco querido
Seguimos contigo
Vasco ikurriña
Nicaragua niña

Acaso creyeron
Que vos te morías
No vieron que entonces
De nuevo nacías

Tu muerte fue el parto
de organizaciones
de luz y esperanza
por tantos rincones

Vasco entrañable
Vasco inolvidable

9- LA BANDERA DE LA ESCUELA

Siempre hacía mucho calor, demasiado; la escuelita quedaba en el medio de la nada, y sin embargo en esa nada fueron capaces de florecer una infinidad de niños de todas las edades, formas, tallas, pelos, ojos y miradas que uno fuera capaz de imaginar; desde los rubios más rubios hasta los negros más renegridos. Y todos alegres, vivaces y contentos de tener su escuela; del medio del polvazal aparecían siempre relucientes y oliendo a jabón y a perfumes silvestres.

Arregladitos, limpiecitos y peinaditos como si de una fiesta se tratara. Puntuales. Las clases comenzaban a la mañana para los primarios y continuaban por la tarde para los secundarios. Había que aprovechar la luz del sol, ya que la electricidad todavía no había llegado a ese lugar olvidado en el mundo. Solo a la nohecita se prendían los faroles y candiles para ocuparnos del Programa de la Educación de Adultos.



La escuela en la actualidad, semioculta por los arbolitos que plantamos 20 años antes

A la noche, cuando ya la actividad del día apuntaba hacia el bien merecido descanso, después de cenar unos “pipiancitos”, un “gallo pinto” con “lechita agria”, con suerte algunos huevos de tortuga o algunos “quequisques” hervidos, sin mencionar la yuca, el “maduro” de “bastimento” o las tortillas de maíz, se encendía en la Dirección de la escuela un generador japonés a gasolina y disfrutábamos de los pocos ratos de luz eléctrica y el invariable “Noticiero Sandinista” que pasaban en el televisor.

En esta circunstancia siempre se aparecía por las casas un grupo de vecinos encabezados por Don Medardo y otros campesinos de la comunidad cuyos hijos eran alumnos de la escuela, y después de escuchar atentamente las noticias comentábamos siempre algo al respecto, algo así como una suerte de editorial, otra tarea pedagógica .

El valle donde se encontraba la escuelita había sido poblado originalmente por un caballero campesino al que se le adjudicaban más de 100 hijos (¡vaya prole la del hombre!) y por eso llevaba su apellido: Valle de los Aburtos.

En realidad la escolita no era una tan desvalida escolita; era un proyecto de escuela rural que en su ciclo completo permitiría, conjugando estudio y trabajo, y luego de 10 años de estudios (7 de primaria y 3 de secundaria, sin contar el pre escolar), acceder directamente a una facultad agraria o alcanzar una tecnicatura. Buen proyecto para un país pobre y rural. Producir para mantener la escuela, estudiar para producir buenos hombres y mujeres con quienes construir la patria nueva. Proyecto que nunca dio el tiempo para alcanzar ni siquiera una promoción completa...

La producción (tanto de granos y cereales como de animales de granja) se utilizaría para el comedor de la escuela, y el excedente se vendería a las Unidades Militares y Hospitales Públicos, que ahora eran propiedad del Estado Revolucionario.

Por la mañana, colaboraba en los proyectos productivos (cría de conejos, huerta y siembra), y por la tarde daba mis clases de matemática, física, química, zootecnia y preparación de suelo para la siembra (en virtud de mis tres años de estudio en Ciencias Veterinarias).

Había al costado del camino, entre la escuela y la Dirección, un conjunto de piezas techadas con zinc y paredes de planchones de cemento en las que algunos de los trabajadores de la escuela teníamos nuestras viviendas de lunes a viernes. En los fines de semana quedaba solo yo, y ocasionalmente algún visitante de Managua o del extranjero que se llegaba a interiorizarse de nuestra experiencia pedagógica.

Dicen los historiadores que Hipólito Bouchard, almirante de origen francés al servicio de la Revolución de Mayo, zarpó con sus naves a dar la buena nueva de la liberación por toda la América del Pacífico, y llegó a izar nuestra bandera celeste y blanca hasta en el sur de California; así como al pasar, fueron quedando

prendidos esos queridos colores, con diferentes matices y ubicaciones, en Guatemala, Honduras, El Salvador y Nicaragua, esto es, en la más sufrida, algo más que tenemos en común.

Y es por eso entonces que mi escuelita tenía en su mástil de palo la bandera de Nicaragua, azul y blanca, peladita, sin el escudo (algo diferente a nuestro radiante y sonriente sol) pero ¡tan linda estaba flameando con la suave y cálida brisa de la tarde! que yo me llegaba despacito, “*al suave*”, a mis clases solo para disfrutar de verla.

Unos mil metros de camino me separaban desde el comedero donde almorzaba en la dirección hasta el campito donde estaba la escuela; a un lado estaba la capillita, y en la esquina la venta de Don Bernabé. Mil metros con algunas curvitas cerraditas y una vegetación exuberante a los costados, tal que de pronto se me aparecía en ese paisaje campesino, al fondo, recortada contra una ceiba gigantesca, alta y majestuosa, la bandera en el mástil.

Y era mi bandera azul y blanca. La de mi patria chica y la de mi patria grande, me transportaba de pronto a mis lugares queridos, a mis afectos lejanos, a mis sueños pendientes, y me ayudaba a la vez a combatir la nostalgia porque a su sombra tuve afectos muy próximos, algunos sueños realizados, pero también se supo construir a su sombra otra nostalgia, más honda, de tiempos y distancias, que cargo todavía.

Por eso, ese último trechito del sendero lo hacía siempre caminando muy despacito: solo por ver aparecer esa bandera, de pronto, en medio de los altos árboles y matorrales, frente a mí, inmensa y querida, como queriéndome envolver y cuidar, tan entrañable que me permitía imaginar y evocar los paisajes y sentimientos del sur a los que, sin duda, algún día habría de volver.

10- LOS NACIMIENTOS

Contaba que la escuela era un proyecto de estudio y trabajo; el estudio era el estudio, y el trabajo... era el trabajo; y todos trabajábamos y todos estudiábamos.

Los más chiquitos se ocupaban de las semillas, de la huerta, de arrancar el "zacate", de los plantines, de sacar la mala hierba de los tablones de siembra o de los almácigos, los mayores ya se ocupaban de cosas un poco más pesadas y complejas como del mantenimiento de las vacas y los conejos, la tractoreada, la siembra y la cosecha.

Silvio F, el profesional agrónomo, era un personaje digno de afecto y admiración; era tan grande su cariño y tan respetuoso su trato con los "chavalitos", tanta ternura que ponía en sus siembras, que ¡cuidado con pisarle ni tan siquiera por descuido una esquinita de los verdes retoños que comenzaban a asomar! Con pedagógica amabilidad se deshacía en explicaciones para que entendieras que la pobre plantita sufría, que se quebraba, que un pisotón descuidado nos bajaba la producción, que cada nuevo brotecito era una esperanza para nuestra revolución...

En esos tremebundos días de furiosas tormentas tropicales, lo que diferencia el verano del invierno ya que el endemoniado calor es invariable en cualquier época del año por esas latitudes, con el agua bañándote hasta los pensamientos, porque te juro que no hay forma de que no te mojes, se te colaba por el pantalón y se te metía adentro de las botas de goma, y terminabas chapaleando y mojado como si estuvieras descalzo.

No había plástico, paraguas, impermeable que te pudiera proteger de nada, inmensas bolsas de polietileno con apenas un agujero por donde sacar la nariz (una especie de poncho transparente), que llegaban hasta el suelo de puro

grande, nos transformaban en fantasmas errantes a quienes pretendíamos utilizar inútilmente esos adminículos para protegernos de esas lluvias torrenciales.

Finalmente descubrimos que se terminaban transformando en un obstáculo, y con el tiempo llegamos a acostumbrarnos a que el agua nada mal le venía al cuerpo sobre todo pegoteado por el sudor y el polvo que siempre se las ingeniaba para someter y penetrar en cada centímetro de nuestra piel.

Sabios los campesinos que andaban con sus “caites” o simplemente a pata por esos caminos embarradísimos en esos días que te cuento.

En esos tremebundos días, te contaba, me gustaba a la luz del candil conversar con Silvio; bien claras tenía sus cosas el hombre, y bien reservado que era.

Como al no sé cuánto tiempo de estar en la escuela, y casi por casualidad, me vengo a enterar que era muy pariente de un alto comandante de la revolución, muy cercano, cercanísimo, y nunca el hombre hizo alarde de nada, es más, su compromiso era mayor solamente por eso, me decía. Pensar que podía haber elegido cualquier lugar para ir a trabajar, y con su sabiduría, códigos y valores, en cualquier parte hubiera brotado la siembra, enriquecido la vida a su alrededor, pero el hombre eligió, y justamente por eso, este puntito perdido en los mapas, allí donde estaba mi escuela, allí donde era más útil el despliegue de sus capacidades de docente y organizador.

Francisco (Chico) el técnico agrónomo, también vivía con nosotros de lunes a viernes; indio nativo, “subtiava” y bien “arrecho” que sabía ponerse el hombre cuando algo no le salía como lo tenía proyectado. ¡Qué habilidad para el lazo! Mucho no se entendía con la cuestión de las plantas ni de las cuentas, pero con el vaquerío sí que era bueno; se

entendían en un lenguaje especial que sólo ellos, Chico y las vacas, conocían. ¡Había que verlo intentando resolver los juegos de ingenio que a veces le proponíamos con Silvio! Refunfuñaba, transpiraba, protestaba, e indefectiblemente... jamás pudo resolver ninguno, pero nunca bajó los brazos y lo intentaba una y otra vez!

Juan Cruz, una especie de sereno auxiliar de la escuela, vecino de la comarca, mi compañero de cuarto, sencillo y afable como un pedacito de pan recién horneado, diría casi como un mendrugo por lo humilde que era, siempre delicado de salud, siempre víctima de las leyendas campesinas cuando todo preocupado y silencioso me daba vueltas y más vueltas hasta atreverse a contarme que de su mama decían los vecinos que se transformaba en la “*Mujer Mono*” y yo, horas y horas de plática hasta convencerlo (o al menos eso creía yo) de que esas fábulas eran producto de la ignorancia, la contrarrevolución y el temor y la división que querían sembrar entre los campesinos.



Mi entrañable Juan Cruz con su “arma de destrucción masiva”, el serrucho.

Estaba también la Tere, una maestra internacionalista española, bajita y retacona, tierna como un lomo de ternera, dulce y firme con sus niños, que casó finalmente con un vecino de la comarca y por lo que sé, vive muy feliz.



Mi entrañable Tere en un testimonio gráfico de su inmensa dulzura

Todos los días, antes de entrar a clases, ya por la mañana, ya por la tarde, se hacía una especie de “formación” en la que se comentaban las cosas más importantes que pasaban en el país y algunos aspectos domésticos de la vida de la escuela: el “Matutino” y el “Vespertino”.

Rotábamos los profesores y algunos alumnos de los años más avanzados en el uso de la palabra, y los chicos siempre nos escuchaban con mucho interés, sobre todo cuando Silvio les presentó en sus brazos el primer ternero nacido en nuestra escuela, que por desgracia vino prematuro y murió a los poquitos días nomás a pesar de todos los

esfuerzos, porque llegó a ser en sus poquitos días de vida, todo un símbolo.

La agresión bélica de la contrarrevolución financiada por el gobierno norteamericano de Ronald Reagan, y asesorada por militares torturadores, desaparecedores y asesinos importados del golpe genocida en mi país en 1976 (tenebroso producto de exportación argentino, junto con la palabra “desaparecido”) era una constante, y siempre había alguna noticia triste que contar: la muerte de algún comandante apreciado por el pueblo, jóvenes adolescentes mutilados por minas antipersonales, la resistencia heroica de los milicianos en algún puesto fronterizo, la destrucción por los morteros de la contra de algún centro de salud o una cooperativa agraria, pero siempre se cerraba con un párrafo dedicado a nuestra escuela y el valor estratégico que le daban los mandos de la revolución a nuestra experiencia pedagógica y el firme compromiso de redoblar los esfuerzos para hacernos cada día un poquito mejores y más útiles a los demás.

11- EL CAMINO A LA ESCUELA (O LAS SUCIAS ARTIMAÑAS DEL ENEMIGO)

...Y había que llegar a la escuela nomás. Unos y otros, estudiantes y docentes.

Como contaba, la mayoría de nosotros vivía (es decir, dormía, porque el resto del día era de trabajo) durante la semana en las piezas de planchones y techos de fibrocemento ubicados de a dos.

Compartía mi cuarto con una especie de conserje, sereno, ayudante llamado Cruz (ya no recuerdo si Juan Cruz, o algo así, pero definitivamente Aburto llevaba el compa-

ñero por apellido como la gran mayoría de los pobladores del valle). Le debo a su culo y a su paciencia haber aprendido el arte de aplicar inyecciones. Muy agradecido, compañero.

Los muchachitos y las jóvenes iban llegando de a grupitos desde los cuatro puntos de acceso a la escuela; algunos venían “de abajo”, otros “de arriba” (según tuvieran que ascender o descender por el camino, otros del lado del río y por último, del lado del monte en cuyo valle se encontraba el complejo escolar.

Buen viajecito que se mandaban, caminando un gran trecho en medio de ese polvazal (la mayor parte del tiempo era de “seca” - sequía), “el verano” que le dicen; y que solo se diferenciaba del invierno por las torrenciales lluvias tropicales, pero el calor seguía siendo siempre insufrible para un pobre cooperante internacional no acostumbrado a los avatares climáticos de estas regiones del mundo.

Recuerdo que una vez, de pronto, empezaron a faltar a clase un grupo de muchachitos que eran una maravilla de asistencia, puntualidad y aplicación; no podíamos entender este fenómeno, y a poco de darnos cuenta que era todo el conjunto del piberío que venía del lado del río, por donde vivían Gertrudis y la Carmencita y sus hermanos; visto este detalle decidimos poner manos a la obra y visitar a cada uno, a cada familia, casa por casa, para determinar por qué se producía esta falta masiva.

Allá fuimos para el lado del río. Bajando por un camino serpenteante y atravesando un montecito tan denso que la oscuridad ganaba enseguida el paso por el puente.

El “puente” era un inmenso y robusto árbol caído sabe Dios cuánto tiempo hacía, que por su longitud unía las dos orillas. En tiempos de seca, en el verano, el río era apenas un hilito de agua que se cruzaba casi sin darse uno

cuenta, y hasta se formaba un pequeño remanso que ostentaba el pomposo nombre de “presa” donde algunos domingos íbamos a “mañanear” y era también centro de reunión social de los vecinos (sobre todo los niños) pero en el invierno (o sea cuando llovía), ahí sí que era otra cosa muy diferente.

En el invierno, con los generosos diluvios, este hilito de agua se transformaba en un torrente verdaderamente peligroso. Bajaba el agua en cantidad y con una fuerza impresionantes para quien había visto este río seco en el verano ¡si será jodido cómo se pone este cabrón! juro que a veces daba un poco de miedo tener que cruzarlo apoyándose en ese generoso cadáver de árbol que en un último gesto de solidaridad hacia su comunidad decidió ofrendar todo su cuerpo para darle a su comarquita un puente natural.

Recuerdo las inundaciones del 82, cuando todos los ríos de la zona se desbordaron, y se rompieron todos los puentecitos, y la comunidad quedó aislada del resto del mundo. Una chiquita nuestra fue arrastrada. Al tiempo encontraron su cuerpito como a 5 km, de donde había caído, justamente al intentar cruzar nuestro puente camino a la escuela.

Tal era la fuerza endemoniada del río en el invierno.



Como varios días quedó todo nuestro Valle aislado por esas inundaciones, que aún en la capital produjeron unos daños impresionantes (otro castigo más para la ya tan castigada Nicaragua) al punto que el Gobierno Revolucionario se puso al frente de la organización para enfrentar el desastre: llamó a movilización general para ayudar a las zonas afectadas; cada uno a presentarse en su Ministerio, su fábrica, su cooperativa, pero mi lugar estaba en la escuela y en el Valle; y allí también hubo mucho que hacer; reconstruir ranchitos, arreglar puentes para que los transportes con ayuda pudieran llegar a la comunidad, rehacer alambrados, reparar techos, y es de destacar la capacidad de organización, de respuesta, y la fogueada disciplina del pueblo sandinista.

Pero me fui por las ramas... el caso que había empezado a contar no sucedió en el invierno, sino en una linda

época del año, sería por mayo o junio, cuando en el hemisferio norte es el verano y acá en el sur es pleno invierno.

Comenzamos nuestro viaje por las casas de los chicos, intentando descifrar el misterio de los faltazos y notando el trato esquivo que nos proporcionaban los papás, los mismos con los que sábados o domingos nos reuníamos para arreglar una cerca de la escuela o plantar unos árboles, o pintar unas aulas o algún mural, o arreglar unos bancos. ¡Vaya misterio!

Hasta que los recónditos caminos que suele tomar la sabiduría popular puesta al servicio de recoger información al servicio de las buenas causas, finalmente pudo explicarnos tan misterioso suceso: la sectas pseudo-religiosas que suelen pulular haciendo su trabajo en lugares donde la educación es una dura batalla, o apenas una quimera, había echado a correr la “bola” de que en el paso del río, y aprovechando la oscuridad, estaban esperando agazapados los médicos cubanos a que pasaran los desprevenidos niños de la escuela para extraerles su sangre y mandarla para Cuba.

Como los médicos cubanos siempre andaban con su maletín de acá para allá, curando gente y llevando salud a las zonas más remotas y difíciles, resulta que según estos miserables que habían instalado semejante mentira en los inocentes corazones de los campesinos, en esos maletines, te contaba, decían que ocultaban las bolsas con la sangre que le sacaban a los niños.



La represa en el río; por el abra, en la ribera, continuaba el camino
(allí era donde se ponía oscuro...)

¡Mirá contra las infamias que debíamos confrontar! Y explicar con infinita paciencia que no, que así no era la cosa, que los cubanos estaban para ayudarnos, que ellos nos daban sangre a nosotros cuando la necesitábamos, porque ellos estaban bien alimentados porque habían hecho la revolución que era lo que ahora teníamos que hacer nosotros acá, y que ellos estaban todos alfabetizados porque habían descubierto las mentiras de esta mala gente que, en nuestra ignorancia, solo nos decía mentiras para que no fuéramos a la escuela, así, cuanto más ignorantes, más fácilmente se podían llevar los frutos de nuestro trabajo, y tal y tal, y así, poquito a poquito íbamos logrando ganarle a la ignorancia, recuperando voluntades y echando un poquito de otra clase de luz en el paso del río y en los corazones de la gente de la comunidad.

Poco a poco los chicos fueron volviendo a la escuela y terminamos riéndonos de las sucias tretas que utilizaba

el enemigo de la luz para mantenernos en las tinieblas y la oscuridad; ganada su confianza en base a lo que todos los días veían florecer a su alrededor, ellos mismos terminaron echando a tan siniestros personajes de la comarca e integrándose más activamente al cuidado y mantenimiento de la escuela los sábados y domingos.

Allá se llegaban con sus palas y sus “piochas” a cambiar postes, poner los alambres bien “tilintes”, a blanquear las paredes y ayudar a mantener lindas y radiantes las aulas donde estudiaban sus hijos.

Una pequeña pero gigantesca victoria más.

*“Estudiando y trabajando
Construiremos nuestra ERET
Somos el futuro de la patria
Que en nosotros comienza a crecer”*

12- EL DÍA DEL MAESTRO (O LOS PALOS Y LAS ROSAS)

Elio Vega, Urania, Virginia, Julio, Blanquita López, Reynaldo, Gertrudis y Carmencita Medrano, Aleida Sánchez, Aleyda Barahona, Domingo Meller, Silvio, Roberto, Héctor, Jaqueline González, Aída Aburto, Luisa Cristina, Reinerio (hermano de Jaqueline), muchachitas y muchachitos con una voluntad y un corazón de acero, la juventud maravillosa de la escuela, los que empujaban todo.

No solo eran nuestros alumnos, eran también la Unidad de Milicias de la comarca, integradas a las gloriosas Tropas Guarda Fronteras, la Juventud Sandinista, empujaban en el Centro de Salud, organizaban los “bacanales” (ojo, no malinterpretar, así se le llama por aquellas latitudes a las fiestas y a los bailes), eran los primeros en movi-

lizarse para responder a una demanda de la comunidad, eran también educadores de los adultos, ¡una maravilla de generación! No había tarea que no asumieran con total responsabilidad; allí iban al frente con toda su energía, y tenías la seguridad que no se detenían hasta el final: “*He-mos cumplido, ¿cuál es la próxima tarea? Dirección Nacional, ¡jordene!*” era la consigna de toda aquella heroica juventud.

¡Qué relación más asimétrica! ¿Qué podía enseñarles yo, cuando todos ellos y su propia escuela eran mis maestros?

En esta empobrecida pero maravillosa comunidad tuvo también, no obstante todas las vicisitudes, su celebración lo que era nuestro día, el día del maestro.

Contemplados desde algún lugar de la historia por Ricardo Morales Avilés (maestro, gremialista docente, héroe y mártir sandinista) sin duda de gran platicadrera con el General de Hombres Libres Augusto César Sandino, sentados a la sombra de la gigantesca Ceiba, allá en lo alto.

Los muchachos y muchachas nos agasajaron con el producto de sus mejores artes culinarias: “*vigorón*”, “*gallo pinto*”, “*frescos*” de todo tipo y color. Todo lo organizaban ellos; esperábamos con expectación hasta que éramos al fin convocados a la gran comedera.

Y se recordaba siempre a los alfabetizadores y educadores asesinados por el enemigo de la paz y la alegría,

Se aprovechaba también la ocasión para resaltar sobreactuadamente en sociodramas muy originales producidos por ellos mismos los aspectos positivos de cada uno de nosotros, pero sobre todo los aspectos negativos, las críticas, que por cierto eran respetuosas pero despiadadas. ¡Y cuánto aprendíamos nosotros de nuestras propias conductas y actitudes inconcientes gracias a ellos!

Jueces impiadosos y fiscales francamente inquisidores, detectaban con particular atención y exactitud nuestros defectos, y de esa forma entre sarcástica y grotesca los ponían ante nuestra vista para ver cada uno qué hacía con ellos.

No se regalaba nada, no eran pases de facturas ni pedidos de piedad; cada materia se aprobaba porque se aprendía lo básico requerido para aprobarla. Caso contrario, el docente debía explicar los cómo y porqués no se le prestó la debida atención al alumno tal o cual. No se regalaba nada. Ni para un lado ni para otro.

Así que, fuera del horario de clases siempre debíamos quedarnos con tal o cual el tiempo que fuera necesario hasta que, reflexionando juntos, quedaran las cosas finalmente claras.

El método de asignar monitores me fue de gran ayuda aparte de aportar enormemente a la homogeneización de los saberes del colectivo.

Tal vez exagere un poco, pero rescato el respeto generalizado como una cualidad sobresaliente entre todos ellos.

13- EL PARTIDO DE FÚTBOL *(o las clases de Educación Física)*

En Argentina, en el Río de la Plata, un niño ve una piedrita en el suelo y la patea; en Nicaragua la recoge y la lanza. El fútbol es sudamericano y el béisbol de Centroamérica. El fútbol era casi “antinatural” en esos tiempos por aquellas latitudes.

Sin embargo, para matizar los tradicionales ejercicios de Educación Física y ampliar los horizontes deportivos de nuestros estudiantes, el programa incorporó el fútbol como un capítulo a desarrollar.

Nunca he visto ni creo volver a ver semejante entrega física, comparable con el caos y el polvazal que se desplegaba cuando ese hermoso grupo de muchachos se dividía en dos grupos de igual número de integrantes, se les ponía una pelota en el medio y el agudo pitazo del profesor a cargo de las clases de Educación Física (Carlitos DM) señalaba el comienzo del partido.

Corrían todos como desesperados atrás de la pelota sin atender a técnicas ni a tácticas, a estrategias o jugadas de pizarrón! El asunto, según su interpretación consistía en patear la pobre pelota lo más alto, fuerte y lejos que se pudiera, y el que lo lograra, por supuesto que ese sería el capitán de cada equipo.

Por supuesto que tampoco entendieron jamás la ley del off side (cosa complicada de explicar si las hay...) y lo de las barreras, los tiros libres, los córner y los penales, ¡pero para esas disquisiciones reglamentarias se hubiera requerido un curso de post grado!

Cuando por casualidad alguien lograba hacer pasar la pelota por adentro de algún arco (o sea, lo que nosotros entendemos como meter un gol), todos se fundían en un abrazo fuerte, sudado y pegajoso, tan emotivo como las patadas que muy fraternal e impiadosamente se prodigaban en el juego.

El equipamiento era tan sencillo y humilde como la escuela, como la comunidad, como la revolución: un equipo con el torso desnudo y el otro con cualquier camiseta. Eso era todo.

Y cuando terminaba la "clase", sin vencidos pero todos vencedores y alegres, íbamos todos juntos a la "ventita" de Don Bernabé a matarnos la sed y a realizar los comentarios técnicos correspondientes a tan formidable partido.



Y mientras los muchachos realizaban esta titánica tarea, las chicas jugaban a un especie de béisbol pero con una N° 5 que reemplazaba la pelotita (la bola) y con las piernas que reemplazaban al bate; cada una pateaba y sus compañeras defendían las bases como en el beis, pero el alma rioplatense y sudamericana le había incorporado al popular juego centroamericano unas originales variables futboleras conforme a nuestras más gloriosas historias y tradiciones deportivas.

14- LA VIGILANCIA REVOLUCIONARIA

Los ojos y los oídos debían estar en alerta permanente para la defensa; la escuela era un objetivo importante para el enemigo: era una experiencia piloto y funcionaba como aglutinante de toda la comunidad.

Después de la cena prendíamos el generador para dar un poco de luz a la casa donde funcionaba la Dirección y a prender un rato la tele, que era cuando pasaban el Noticiero Sandinista.

Alrededor de ella se congregaban los vecinos más representativos y, como siempre, un remolino de chiquilines sentados en el suelo; con sus caras adustas escuchaban las noticias, y luego entre todos comentábamos las cosas que pasaban en el paisito y en el mundo.

Al cabo de más o menos una hora, cada pollo a su gallinero, (*cada loro a su guanacaste*) y nosotros a nuestros cuartos (los cuartos de los docentes eran unas piecitas de fibrocemento con dos camitas cada uno) que quedaban a unos 200 metros de la Dirección, para el lado del complejo ganadero “Capitán Santiago”, llamado así en homenaje al comando revolucionario argentino que murió en el operativo de ajusticiamiento de Anastasio Somoza Debayle en Asunción del Paraguay.

Como yo era el único que no tenía parentela con la que compartir cenas, festividades y demás yerbas propias de esos períodos festivos, tanto en Semana Santa, como en Navidad y Año Nuevo, siempre me ofrecía de voluntario para estos menesteres; y es justo y destacable decir que nunca me faltó, en el momento preciso, una mano compañera que me acercara un fresquito, algo dulce o una bolsita con algo para comer y brindar.

Tales eran los sentimientos que por aquel entonces se desplegaban entre todos, en la escuela y en la comunidad.



Pintando el cartel-mural del Complejo Ganadero de la escuela

Así que había que estar vigilante toda la noche para que no recibiéramos ninguna sorpresa desagradable; en parejas y en turnos de dos horas nos encaramábamos a una ceiba gigantesca que dominaba todo el panorama y allí escuchábamos alerta hasta el más pequeño ruido que pudiera producirse en la profundidad de la noche.

En la ciudad, un silbato era el único elemento defensivo con el que contábamos para alertar cualquier novedad; de escucharse en el medio de la noche, todo el mundo debería saltar como un resorte y adoptar las posiciones de defensa, situación que a menudo practicábamos para mejorar los movimientos y reducir los tiempos hasta llegar cada uno a su lugar pre establecido.

En tantas de esas noches, Adrián Fariña (otro querido alumno) me enseñó a mirar el cielo, reconocer las estre-

llas y las constelaciones, y hasta calcular la hora según sus posiciones (con bastantísima aproximación por cierto, que hasta hacíamos competencias con un margen de error de cinco minutos!); la osa mayor, el arado o las siete cabritas ...a veces las sigo buscando en el cielo nocturno, pero claro, acá estoy en otro hemisferio y solo las veo en lo más profundo de tan querido recuerdo.

Imposible olvidar los ojos destellantes del “*piche*”, un pajarito que se paraba en los alambrados y nos miraba con unos ojos blancos y brillantes, como luminosos te diría; nunca he visto otro igual.

De ahí el dicho “*clarísimo como los ojos del piche*” cuando algo que te explicaban quedaba completamente entendido.

De ahí los dichos campesinos tomados de su realidad más inmediata; jamás te dirán “*rápido como un avión*”, sino “*veloz como un venado*”.

15- CUIDANDO LOS PUENTES Y LA ESCUELA

En esos lugares olvidados de Dios nos multiplicábamos para intentar cubrir todos los frentes en los que la revolución nos necesitara; la defensa era una prioridad (igual que la educación y la salud...), y allí estábamos, siempre a disposición de lo que hiciera falta hacer.

La contra, aunque todavía no tan organizada como en los años siguientes, apuntaba a objetivos accesibles sin mayor riesgo y que hicieran daño suficiente como para sembrar temor, desorganización y desgaste económico al gobierno sandinista.

Y en un país geográficamente tan irregular, atravesado por tantos ríos, con cruces de caminos vitales para la

circulación de su producción campesina, la destrucción de los puentes era un objetivo codiciado.

Y en un país donde los magros recursos económicos se derivaban a la educación y la salud, transformaban también las escuelas y puestos sanitarios en los otros objetivos vulnerables.

Es así que ante la menor escaramuza, todos nos movilizábamos en su defensa: siempre de a dos, nos distribuían los compañeros de las gloriosas Tropas Guarda Fronteras (de las que nuestra milicia formaba parte) en los puntos que había que proteger.

Cada una de estas tareas amerita un cuento, cada una guarda una anécdota, un secreto, un pedacito de vida y de intimidad compartida con el compañero de turno; queda una como muestra para no extendernos más de lo necesario:

El hijo de L, rioplatense como yo, alumno de la escuela, fue mi compañerito en una posta que debimos cubrir en uno de estos cruces de caminos que te contaba.

Supuestamente, el relevo llegaba cada 12 horas; esto es, otra pareja de compañeros; y uno a descansar, a comer y a informar las novedades de lo sucedido en nuestro turno.

Nos despedimos alegremente y con la moral muy en alto; nos desearon suerte y allá se alejó el camión cargado de muchachos y muchachas tras la consecuente e inevitable nube de polvo, hasta que se perdió en la lejanía hacia su próximo destino.

Con mi compañerito evaluamos el lugar y trazamos nuestra estrategia de vigilancia; uno camuflado arriba de un árbol y el otro visible abajo como imponiendo presencia, posiciones que cambiaban de tanto en tanto; por provisión, cada uno con su cantimplora de agua.

Desolador el panorama, no pasaba ni el viento; pero nosotros firmes en la tarea asignada cumpliendo a carta cabal con nuestro deber.

Pasaban las horas y nada de nada; por un lado mejor, todo estaba tranquilo y los riesgos potenciales parecían minimizarse con el paso del tiempo; por otro lado, el sol y el calor atentaban contra la permanente atención que debíamos guardar a la espera de algún suceso que le diera sentido a nuestra vigilancia, así que también pusimos en práctica algunas actividades para estar siempre atentos a pesar de todo.

El tiempo seguía pasando sin novedad, las cantimploras se vaciaban (ese eterno calor del que te contaba...), pero bueno, ya faltaba poco para el reemplazo, así que, al fin y al cabo, todo iba bien.

La inquietud comenzó a manifestarse abiertamente cuando pasaba una hora, luego otra, después varias, y el reemplazo no llegaba.

Imposible abandonar la misión, ni pensar en moverse, esa era la tarea asignada y allí estaríamos manteniendo la posición hasta que vinieran por nosotros.

Nos pasábamos las horas elaborando hipótesis del por qué de la demora: que algún ataque habrán hecho por allá, que algún atentado por otro lado, que qué estaría pasando (ya que no teníamos ni una radio portátil y mucho menos un handy ni nada parecido para comunicarnos con nuestra unidad).

A los dos días aparece a lo lejos una camionetita y, con todo lo elucubrado durante todo ese tiempo, nuestras partes masculinas se transformaron en moños en nuestras reseca gargantas; en rápida reacción, el joven tras el árbol y yo a identificar la camioneta.

El hombre se detuvo presto y respetuoso identificándose como un productor local que llevaba leche al mercado. ¡leche! ¡El primer alimento del que sentíamos hablar a una tercera persona en los últimos dos días!

Nos contó que estaba todo tranquilo, que simpatizaba con el Frente, que si podía ayudarnos en algo, en fin, resultó ser una buena persona, un trabajador, sin ningún motivo de sospecha, revisamos meticulosamente el vehículo para verificar que no llevara nada “raro” y finalmente, antes de permitirle seguir tranquilamente su camino, le pedimos muy amablemente si nos permitía llenar las cantimploras con un poco de su carga, para nosotros maravillosa.

Satisfecho grata y generosamente el pedido, finalmente la camioneta desapareció en una curva del camino, tras su consecuente e inevitable torbellino de polvo que dejaba en su retirada.

Y a las pocas horas, ya casi cayendo la tarde, vemos venir allá lejitos el camión IFA (creo que era una marca checa rebautizada Imposible Frenar Antes, por los palos que se daban los compañeros en el intento de llegar siempre en el menor tiempo posible a la “*runga*”) que nos venía a recoger.

Alegría por un lado, ansiedad por el otro. ¿Qué había pasado para que en tres días no nos hubieran relevado? ¿Habría habido algún problema? ¿Habría muerto algún compañero?

No hubo reemplazo, desde arriba nos tendieron las manos para ayudarnos a subir al camión, nos dieron la “ración” (una bolsita de fresco y otra de arroz con frijoles) y pasaron a contarnos que no, que no hubo ningún problema, que simplemente se habían olvidado que nosotros estábamos allí, que las disculpas, pero que la prueba la habíamos superado con todos los honores.

En la Unidad nos recibieron con otra ración de premio y las consecuentes risas y bromas por lo sucedido y a más las felicitaciones de los superiores por nuestro brillante desempeño.

16- LAS MUERTES ABSURDAS (O... Las muertes absurdas...)

Me contaba Teresita (su maestra) que era una niña particularmente dulce la niña que murió en mis brazos. Que era linda no podía ocultarlo ni lo oscuro de su rostro moribundo ni su cabello largo, suave, castaño que se desparramaba hacia abajo sobre sus hombritos, que se le caía como se le iba lo poquito de vida que le quedaba.

Sus ojitos opacos, como mirando al más allá, como preguntando por qué.

Fue a primeras horas de una tarde que la madre llega desesperada hasta la Dirección de la escuela con la niña en brazos. “No sé qué le pasa a mi hija que de pronto se quedó quietita, sin moverse casi”.

Solo de verla, al instante comprendimos la gravedad y lo irreversible del caso: a varias horas del hospital más cercano (aunque igual hubiera sido en vano cualquier cosa que se hubiera intentado) miramos inmediatamente la cantidad de parásitos que habían ocupado y consumido el cuerpecito de la niña.

Largas lombrices blancas, pegajosas, repugnantes, asesinas, le reptaban por todos los orificios visibles, nariz, oídos, boca, no había forma de hacer nada por ella. Todo su cuerpecito estaba invadido en tal cantidad que era imposible ya revertir el daño producido.

Cuánto tiempo de incubación, de no saber, de mal comer, de dejar estar, de falta de atención, de falta de cuidados, de falta de prevención, del agua, de los chanchos, de los perros, de la puta maldita pobreza e ignorancia que se cobraba ante nuestros ojos otra víctima inocente.

A ella la vimos morir todos los que estábamos allí, y en ella, a todos los niños que mueren absurda, inútilmente todos los días en todas partes del mundo, a todas las esperanzas que se desvanecen cuando apenas comienzan a ser.

Las estadísticas de la FAO, de la ONU, de la OMS, podrán darnos cifras y porcentajes de cualquier cosa, pero ¿cuántos funcionarios de esas pomposas organizaciones habrán pasado por lo que pasamos nosotros allí?

Me contaba Teresita (su maestra) que le gustaba pintar; tal vez hubiera sido una gran artista; al menos seguro hubiera sido una buena mujer y criado a sus hijos con mucho amor.

Pensé en Carlos Fonseca, cuando dijo “*y también enséñenles a leer*”.

¡Cuánto todavía queda por hacer, cuánto por aprender; leer y escribir es solo el primer paso, Comandante!

17- LOS AMORES PROHIBIDOS

No es por argentino, soberbio, machista y grotesco, pero era proverbial el magnetismo que se decía irradiábamos en el componente femenino de la sociedad nicaragüense los personajes masculinos del sur del continente; era tema casi obligado en reunión de hombres hablar de las conquistas y éxitos logrados ante las damas y damitas (muy bellas por cierto, y en todos los sentidos).

Algunas parejas se formaron y florecieron en hermosas descendencias; a través de los años muy pocas han perdurado (tal vez por las diferencias culturales, históricas, historias de vidas o simplemente por la complejidad de los caracteres humanos que con el tiempo se van acentuando, y lo blanco sobre lo negro termina agotando finalmente los originales e irrepetibles matices que, en un principio, dieron vida y enriquecieron esas relaciones).

Y es así que el amor golpeó mi puerta.

A una sola mujer quise en Nicaragua. Un amor prohibido que creció en el silencio y se escapó de pronto como una mariposa y que, en su posibilidad de ser, encerraba lo irreversible de su propia muerte.

Ella era (y lo sigue siendo) nica mil por mil. Ella era (y lo sigue siendo) de una lindura extremadamente particular. Ella era (y lo sigue siendo) tierna y amorosa. Ella era (y lo sigue siendo) dulce y seductora como su patria.

La cosa estaba “por ahí”. Se notaba que había correspondencia entre los cuerpos y las ideas, entre las ansias y las necesidades. Se notaba que a las heridas les hacían falta ciertos bálsamos que solo la otra parte poseía.

Ella era (y lo sigue siendo) inteligente y dispuesta. Ella era (y lo sigue siendo) capaz del mayor esfuerzo por la causa más pura. Ella era (y lo sigue siendo) frágil en toda su fortaleza y fuerte en todas sus fragilidades.

Por supuesto que era la primera en ofrecerse de voluntaria para cualquier tarea, sin importar el riesgo o los peligros.

Era la primera en organizar e impulsar lo que hiciera falta; era una delicia verla desplegar lo mejor de sí, todo su amor y responsabilidad en la educación de adultos a la luz de un farol, cuando la escuela ya casi quedaba despoblada de niños y maestros.

Era impresionante ver la tenacidad y convicción con la que encaraba y realizaba cada tarea; por pequeña que fuera o pareciera, en su ejecución alcanzaba la categoría de indispensable para el sostenimiento de la revolución

Y fue una noche de ejercicios de marcha nocturna en los que la estrictez de los roles se tomaron un descansito, y casi por accidente (realmente fue accidental, al menos hasta donde yo se hasta el día de hoy) yo iba cerrando la fila y ella delante de mí, cuando veo que se resbala y se empieza a deslizar por un barranco que terminaba finalmente en un barroso riacho.

Pronto y dispuesto como todo caballero proletario, alcanzo a sujetarla de un brazo, pero lo resbaladizo del camino y la fuerza con que intenté sostenerla, me llevaron a resbalar a mí también junto con ella, lenta e inevitablemente hasta no detener nuestra caída sino en el fondo del riacho con su barro y todo.

El último tramo de la caída lo hicimos abrazados, entregados al destino; el ¿"estás bien"? el ¿"te late el corazón"? el ¿"tenés la cara toda sucia"! y los cuerpos que se funden, las lenguas que desesperadamente se buscan hasta el fondo del alma, los diques que saltan por los aires al no poder ya contener semejante caudal de torrentosas corrientes de dos millones de cosas que estaban ahí... un fugaz y eterno momento...

La noche, la luna y la circunstancia hicieron todo lo demás...

Cuando llegaron al rato los compañeros a rescatarnos y a reírse de lo sucedido ya era demasiado tarde. Ya el amor había golpeado en mi puerta, y de qué manera: ¡había entrado a patadas hasta por las ventanas!

No podía ser, pero era; no se podía mostrar, pero se veía; no debía ser, pero estaba siendo; era imposible, pero allí estaba.

Nuestros diferentes roles eran absolutamente incompatibles con la relación; la pretendida dureza de la ideología pudo más que la ternura de sus caricias; mis asignaturas pendientes eran verdaderamente irresolubles en esos tiempos y no me pude permitir ni un momento de felicidad, ni abrir una puerta a otra esperanza.

A pesar de todo, y permitiéndome un cacho de piedad para con mi pobre alma atormentada, compartimos fugaces momentos inolvidables; compartimos guardias y postas, noches de vigilancia y poemas, canciones y sueños, miedos, ilusiones y esperanzas.

Nunca olvidaré la tenacidad con que peleó por defender esta relación, pero por tantas causas yo no estuve a su altura.

Creo que nunca llegué a convencerla con mi discurso ideológico de que nuestra separación era casi una tarea necesaria para la revolución, en la que cada uno se debía a su tarea, y no podíamos permitirnos espacios de disfrute particulares ante las necesidades colectivas; que el General Sandino, dos días después de su boda, marchó sin dudarlo *“hacia la Segovia donde se internó”* y que *“Blanca se quedó porque era su deber”*...

Hoy, al recordarla, me imagino todo lo que pudo haber sido y no fue, todas las realidades posibles que pasan por delante de cada vida y que solo cada uno decide (por miles de causas, a veces indescifrables) a cuál tenderle la mano y transformarla en realidad y a qué otra condenarla a solo eso: a lo que pudo haber sido y finalmente no fue.

La vida me ha hecho encontrarla de nuevo, verla en alguna foto actual, y puedo asegurar que la veo exacta-

mente igual que hace 30 años, y en toda su belleza y su dulzura; le imagino una feliz vida en pareja y le conocí una hermosa niña (que ya debe ser toda una mujercita). Nunca la olvidaré.

18- LA MARCHA A MASAYA

Pocos días antes del triunfo de la Revolución Popular Sandinista, algunas de las ciudades más importantes del país ya habían sido liberadas por el pueblo organizado (Estelí, Masaya, León), pero Managua, la capital, resistía heroicamente los ataques desesperados de la Guardia Nacional que había decidido jugarse allí su última baza.

Bombardeando indiscriminadamente a la población civil, intentaba inútilmente, quebrar la moral y destruir el apoyo popular a su Frente Sandinista; esta carnicería irracional sería lo que finalmente le hiciera perder el apoyo de sus aliados incondicionales durante los últimos 40 años de su nefasta dictadura.

Cincuenta mil hermanos nicaragüenses murieron en la ofensiva final.

Dispuesto, como decía, a jugarse sus últimas cartas, Somoza planifica un ataque desesperado contra los barrios más combativos de la ciudad; pondría en juego para ello todo su poderío militar.

Al tanto de estos planes, el Frente comienza a reforzar la organización en estos barrios y tensa todas las fuerzas disponibles para resguardar a la población; la única manera viable de salvaguardar a la gente era abandonar la ciudad.

Esta acción increíble demandaría coordinar y encabezar una larga marcha en el silencio de la noche de miles

de personas hasta la ciudad de Masaya (a treinta y pico de km de Managua) a través del campo y del monte; y debía ser a la noche para no ser vistos por los vuelos de reconocimiento del enemigo y así evitar su bombardeo; y debía ser en silencio para no alertar a nadie a su paso; y se debía velar por los ancianos y los niños, por los descansos en la marcha, por la comida y por las posibles emergencias sanitarias a lo largo del camino.

Y fue así que la tardecita anterior a la jornada en que el dictador pensaba descargar toda la furia de sus ataques a la ciudad, el pueblo emprendió la marcha cobijado por la oscuridad y en el más disciplinado de los silencios; uno a uno iban recorriendo los kilómetros que separaban a esa masa multitudinaria de pueblo desde la muerte inminente bajo las bombas somocistas hasta la tranquilidad y seguridad de la ciudad liberada por los compañeros combatientes, y sede ya del Gobierno Provisional.

Y con las primeras luces del día, esa muchedumbre multicolor, agotada, entera, invencible, llega a los alrededores de Masaya y es recibida jubilosamente por la población libre, demostrado el formidable poder de organización del FSLN y la inquebrantable voluntad de lucha de todo su pueblo.

A esas mismas horas, Somoza arrojaba sus bombas en una ciudad desierta.

A los pocos días, Somoza abandonará definitivamente Nicaragua.

Esta introducción necesaria relata el hecho fundante de una conmemoración que año tras año se lleva adelante, reproduciendo lo que la historia hoy recuerda como *“el repliegue a Masaya”* sobre lo que se ha escrito mucho y muy bien, y a lo que se le rinde homenaje en el mejor de los

altares: la memoria en el corazón del pueblo nicaragüense y sandinista.

Todos los años, entonces, se conmemora este repliegue con una larga marcha reproduciendo la gesta; de tal forma que allá por el año 1982 tuve el privilegio de participar en semejante conmemoración.

Todo punto de partida era válido; todo canal de organización era útil; no había cómo perderse porque todo un pueblo estaba pendiente de la actividad.

Ya fuera desde cada Ministerio, desde cada fábrica, desde cada cooperativa, desde cada escuela, desde cada barrio, ya desde las primerísimas horas de la mañana se vivía el clima festivo y se realizaban los preparativos para la marcha; que si el bastimento, que si la cantimplora, que si las botas, que si los caites, que si la gorra, que si las medias, que si el uniforme, que si las consignas, hasta que se iban pasando las horas, el día, y ya a la tardecita, a la hora precisa en que comenzó aquella marcha, nuevamente se realiza, aunque ahora en un marco festivo y alegre, la reproducción de aquella gesta.

Y miles y miles de personas con sus banderas nicaragüenses y sandinistas, con banderas de muchos países del mundo (por supuesto jamás ausente la ikurriña), con pancartas gremiales, ministeriales, de organizaciones populares, allí avanzan, nuevamente indetenibles, ahora sin premura, sin silencios, gritando sus consignas de *“Sandino vive, la lucha sigue”* o aquella otra *“Alerta, alerta que camina la lucha guerrillera por América Latina”* o *“si la contra madruga, nosotros no dormiremos”* o *“si se pasan de la raya les quebramos la papaya”* y *“si se pasan un poquito, les quebramos el chiquito”* ahora sí, ahora se puede cada tanto un descansito, y entonces compañeras y compañeros nos rehacemos en pequeños grupos, nos masajeamos las piernas, nos alenta-

mos a continuar la marcha, y al rato, otra vez en camino; y siguen las consignas, *“solo los cristales se rajan, los hombres mueren de pie, y nosotros los sandinistas seremos como el Ché”* y *“Dirección Nacional, ordene”* y *“el pueblo unido jamás será vencido”* y *“el pueblo armado jamás será aplastado”* y *“de rodillas solo para tomar puntería”*, y nuevamente el *“alerta, alerta, alerta que camina la lucha guerrillera por América Latina”* esas consignas vibrantes, llenas de vida y de entusiasmo que nos hermanaban en la marcha y en los sueños de un mundo más justo para todos.

Y ya llegando el amanecer, tal como hubo sucedido tan poco tiempo atrás, se comenzaban a ver las luces de la ciudad, ¡y allí llegábamos las multitudinarias columnas procedentes de toda la capital y (a juzgar por las banderas) del mundo entero!, cansadísimos, pero con una profunda y serena alegría del deber cumplido y de haber honrado con esta humilde marcha de nuestros pies cansados la memoria de los héroes y mártires caídos por la liberación de Nicaragua, y en nuestro corazón y nuestra memoria, caminando al lado nuestro, los 30.000 compañeros desaparecidos y los caídos en nuestra propia lucha, que también era nica y de toda Latinoamérica y de todo el mundo.

Y allí también estaba esperando nuestra llegada el pueblo de Masaya, con los brazos abiertos, como aquella vez, con fiesta, música, bailadera, comedera, y todo aquello finalmente terminaba en una gigantesca fiesta colectiva de fraternidad y alegría popular.

Treinta años después el mundo es otro, han cambiado muchas cosas, las luchas se dan en otros frentes, con otros métodos, pero sin duda que toda la fuerza que nos transmitieron aquellas experiencias aún la conservamos, y trabajando hoy cada uno en lo suyo, nos acompaña el re-

cuerdo de esos momentos inolvidables, y las dificultades sin duda que las encaramos de diferente manera.

Cuántos repliegues ha debido hacer cada uno de nosotros a lo largo de la vida elegida de andar por este camino de pensar diferente, de soñar con otras cosas, de caminar y caminar, pero así como llegamos a Masaya, cada uno de nosotros irá llegando a su destino, con los pies cansados sin duda, pero mirando alto y adelante, más allá, como buscando siempre en el horizonte esas luces de Masaya que nos señalaban que la meta ya estaba al alcance de nuestros esfuerzos.

19- LAS MANOS DEL APICULTOR (O la profesión puesta a prueba)

Un nuevo proyecto económico productivo se iba a desarrollar en las escuelas: la producción apícola.

Del material humano disponible, el Ministerio me convocó para capacitarme en el arte de la cría y explotación de la abeja, para formar luego en estas técnicas a los futuros apicultores en la comunidad.

Bichito laborioso si los hay, que nos devuelve con la dulzura de su miel todo el trabajo que invertimos en el cuidado de sus colonias.

Desde hacerles a pura carpintería las casitas (las colmenas ¡boludo!), hasta los detalles más interesantes, sutiles y delicados de su manejo: cría de reinas, división en núcleos, manejo sanitario, extracción y comercialización de la miel y los subproductos.

De la hermana república de México nos llegó un docente universitario a capacitar a quienes después debería-

mos multiplicar todo el aprendizaje recibido cada uno en su escuela.

Hombre tan aindiado como sabio en el tema; sencillo y sin ninguna mezquindad para compartir sus saberes, muy buen docente, y finalmente afín a los marginados, porque (según nos contó en una noche en que nos permitimos unos tragos) sus rasgos nativos le fueron un severo obstáculo para su formación académica en su sociedad, que es fuertemente prejuiciosa con respecto a sus diversas etnias originarias.

Fueron dos seminarios intensivos (cuando digo seminarios fueron exactamente eso: 15 días internados en la ERET de Catarina, y cuando digo intensivos quiero decir exactamente eso: vivíamos todos juntos, comíamos todos juntos, dormíamos todos juntos durante los 15 días que duró cada seminario).

Las abejas nos ocuparon todo el tiempo, toda nuestra mente, nuestros pensamientos y nuestras palabras; desde que nos despertábamos hasta que nos dormíamos (y también durante el sueño) solo hablábamos de ellas; y a la noche siempre el profesor nos dejaba una pelota picando para que le diéramos posibles soluciones a ese problema al otro día durante el desayuno.

Y cuando a la mañana siguiente le proponíamos una solución apelando a tal recurso, siempre nos salía con “bueno, pero suponte que no tienes eso”, y otra vez a pensar, y otra vez a buscar más variantes, hasta que finalmente “te pillaba el tren” cuando ya te quedabas sin opciones ni imaginación.

Y hasta no bancarse la “barba de abejas” nadie se iría de allí con su diploma, así que uno a uno nos sometimos a la última y definitiva prueba que sellaría nuestro futuro destino de apicultores; así que, con una reina colgada del

cuello en su jaulita, decenas de miles de abejas me hicieron “la barba” hasta que finalmente el profesor dio por finalizado el rito de iniciación y todos felizmente (a pesar de ciertas escenas iniciales de pánico), terminamos diplomados.

Después de esos dos seminarios, partió cada uno a su escuelita con la buena nueva, algunos accesorios y cuatro colmenas listas a trabajar para usar en las clases.

Por supuesto, y es humanamente imaginable, que el principal temor, la primera barrera a superar en la muchachada era el miedo al piquete, razón por la cual los docentes debíamos preferentemente trabajar sin guantes como para dar el ejemplo y aventar todos los temores de los estudiantes y lo vecinos de la comunidad.

Aunque no soy alérgico a la apitoxina (el veneno de las abejas) las picaduras me producían una fuerte reacción dérmica, esto es, que se me inflamaban enormemente y me picaban “*en puta*”, pero era una realidad que había que ocultar de alguna manera para no provocar el consecuente rechazo entre mis muchachos y muchachas. Con sorna e indiferencia, como si tal cosa, les indicaba cómo sacarse los agujijones para que no siguieran bombeando el veneno.

Afortunadamente su efecto se producía un par de horas después, cuando la clase ya había terminado.

Mis manos se transformaban entonces por los piquetes en dos cosas amorfas que evolucionaban desde un punto inicial (en el que apenas podían sujetar una tiza) y que duraba más o menos 2 días, luego pasaba a un “amesetamiento” de la situación durante 2 días más, y finalmente un franco proceso de mejoría y vuelta a la normalidad en los otros dos días restantes del período de crisis.

Y como en el medio estaba el domingo, se completaban justito los 7 días de la semana, de forma tal que las cla-

ses de apicultura tuve que restringirlas a una sola práctica semanal.

¡Vaya espíritu y voluntad que le ponía uno a las cosas!

Afortunadamente conté con la ayuda de un vecino que en un campito atrás de la escuela tenía unas colmenas y no era tan reactivo a las picaduras (en general los nicas poco lo eran) a quien le mejoramos bastante su apiario con nuestros conocimientos adquiridos y finalmente, a mi partida, quedó integrado a la escuela.

20- POR LOS SENDEROS DE RIVAS

Una nueva tarea me deparaba el devenir pedagógico por los caminos latinoamericanos, esos en los que la revolución era una gran escuela.

Un conjunto de complejos educativos repartidos por el país constituían una experiencia piloto de desarrollo de la comunidad y de comarcas vecinas; el proyecto las denominaba ERET (Escuelas Rurales de Estudio y Trabajo) y la currícula abarcaba desde el preescolar hasta el 3^{er} año de la secundaria con ingreso directo a estudios superiores agrarios.

Junto con los contenidos pedagógicos de aula, se desarrollaban proyectos productivos conducidos por técnicos y profesionales donde los chicos aprendían y colaboraban con el manejo y el mantenimiento; de lo producido, aparte de reproducir la experiencia y asesorar a los vecinos que quisieran incorporar a su producción la cría de conejos, la apicultura o la huerta familiar, debería salir el mantenimiento económico de cada escuela.

Convenios oportunamente establecidos con hospitales, unidades militares y cooperativas nos comprarían la producción para abastecer sus comedores.

Así que fui a desplegar mis modestos conocimientos a esa comunidad del sur, a la sombra de la bandera roja y negra sandinista, y azul y blanca de Nicaragua.

El primer viaje lo hicimos en un jeep del MED (Ministerio de Educación) acompañado de mi gran amigo Jorge T. (el del cafecito) que luego de dejarme allí me deseó suerte y volvió a Managua por la misma vía y el mismo vehículo. Ni por casualidad me imaginaba yo lo que después iba a ser la cotidianeidad de cada movimiento de la capital a esta comunidad de San Ignacio y viceversa.

La ERET se llamaba “Gaspar García Laviana” en homenaje al cura sandinista, asturiano él, que muere combatiendo al somocismo en las montañas del sur de Nicaragua, y que predicara el evangelio y la liberación por toda su comarca.

“Un buen día nos llegó a tiempo completo Gaspar de Asturias el misionero que araba sobre la mar”

El viaje hasta allá era mucho, pero mucho más complicado que el viaje a la primer escuela en la que trabajé. Por lo pronto eran muchos más kilómetros y varios trasbordos a realizar.

El “ruta” que iba hacia Rivas como destino final, salía del mismo mercado pero la parada se encontraba casi a un extremo; sin entrar en más detalles que los contados antes, la vamos a hacer más corta: cuando finalmente llegábamos a Rivas ahí nomasito (ahí nomasito en el sentido geográfico rectilíneo, por supuesto, no en el temporal) salía otro micro algo más pequeño que llegaba hasta Tola, ciudad cabecera del Municipio homónimo.

Cuando por fin aparecía, uno se subía y por ahí arrancaba (porque podía suceder que estuviera roto, que tuviera que cambiar algún neumático o vaya a saber qué otra desgracia mecánica padeciera), el trayecto era en sí más bucólico, porque el lugar era más despoblado, más selvático y en general en todo el camino había mucho menos movimiento, al menos en el plano horizontal, dado que el movimiento en vertical era siempre el mismo cada vez que el bus se comía algún pozo en el camino, cosa que era bastante frecuente.

Si mal no recuerdo, luego de más o menos dos horas de viaje llegábamos finalmente a la plaza principal de Tola, en la que destacaban sus edificaciones precarias con marcado estilo colonial español, los ornamentos y accesorios estrictamente básicos y necesarios construidos en madera y en el armado más simple, práctico y sencillo que uno se pudiera imaginar.

En el centro de la plazoleta, un inmenso y frondoso árbol a cuya sombra y protegido por unas rejas de hierro de baja altura, descansan los restos del Padre Gaspar, en el mero corazón geográfico de su prédica y ejemplo de acción cristiana y revolucionaria.

Justo enfrente, un negocio de venta de comestibles y otras cuestiones (en algunos lugares aún los llaman “ultramarinós”) atendido por su dueño, un español de pura cepa, con acento y todo, donde una gaseosa o una cervecita siempre era muy bienvenida para suavizar la aspereza producida en la garganta por el polvo, ese compañero inseparable. Y yo siempre me preguntaba ¿cómo carajo habrá llegado este gallego hasta acá? ¡Como si cada uno no tuviera también su propia historia!

Recién de allí partía... “*a sabeeer*”... cuando, una camionetita que terminaba su recorrido en Cárdenas, puebli-

to pegadito a la frontera con Costa Rica, pero un poquito antes ya me bajaba yo en la comunidad de San Ignacio, donde estaba mi escuela.

En varios viajes, sobre todo en los últimos, aún con la camioneta completita debimos esperar que los compañeros del Ejército Popular Sandinista nos permitieran seguir adelante, debido a enfrentamientos que se producían en la zona por las operaciones e incursiones de “la contra”.

Como contaba, era una zona de grande y densa vegetación, geografía ideal para la infiltración de tropas terroristas, razón por la cual cada vez eran más frecuentes y audaces esas incursiones.

Varias veces hasta solíamos escuchar disparos en la lejanía; cuando finalmente se habilitaba el camino, los pasajeros y el chofer cruzábamos sigilosamente los dedos y comenzaba alguna rezadera entre las mujeres para que no fuéramos a pisar alguna mina colocada en el camino que no hubieran detectado los compañeros zapadores del Ejército.

Un par de veces hasta llegamos a ver al conjunto de cuerpos de los contras abatidos, colocados uno al lado del otro al costado del camino finalizadas las escaramuzas militares.

Ese era, poco más o menos, el panorama que se presentaba en cada viaje a mi segunda escuela, que con suerte, ese sí, duraba también todo el día y a veces más.

Saliendo de Managua como a las 5 de la mañana, llegaba a mi destino final como a las 9 de la noche. Y a la mañana siguiente, al frente de la clase. Si se daban todos los acontecimientos en esos tiempos todo era normal, todo era cotidiano, todo estaba bien.

21- LA CONTRARREVOLUCIÓN ACTÚA

Fue en esta comunidad donde nuevamente en el andar por los caminos se reafirman las ideas y se toman las decisiones que acompañan en acto lo que se dice en el discurso (aquel viejo proverbio nuestro *“lo que se dice con el pico se defiende con el cuero”*); reorganizados con los cuantiosos fondos que recibían de los contribuyentes norteamericanos, los contras comienzan a operar con mayor despliegue y peligrosidad también en la zona sur del país, esto es en la frontera con Costa Rica.

Mediante un comunicado de los mandos contrarrevolucionarios asentados en territorio costarricense fronterizo con Nicaragua, nos enteramos un día que a partir de ese mismo momento, los internacionalistas, (o cooperantes internacionales como nos habían rebautizado) pasábamos a convertirnos en blancos militares, esto es, en objetivos físicos de eliminación directa, blancos de oportunidad que le dicen, esto es, en buen cristiano, que si nos veían o nos tomaban prisioneros, éramos boleta.

Las maestras y el médico de la comunidad (compañeros cubanos en misión internacional), un hermano vasco que trabajaba en una ONG de Desarrollo Rural y un servidor, formábamos este equipo al que ahora también apuntarían de manera explícita las armas del enemigo; ante ello, nos constituimos en asamblea debajo de la bienhechora sombra del gigantesco mango de los fondos de la casa de Doña Chepita, discutimos la situación, cada uno de nosotros socializó su opinión y juramentó la decisión tomada: quedarse allí a continuar con nuestra tarea.

Las características de mi trabajo, que era el impulso del desarrollo comunal alrededor de la comunidad educativa, me llevaba a atender y dar seguimiento a dos es-

cuelitas más, en el medio del monte, para lo que tenía que invertir cerca de dos horas de caminata para llegar a cada una de ellas, o sea, que los tres días por semana en que las visitaba eran tres largos días de marcha por el medio del monte, a través de caminitos casi invisibles para el ojo no experto, y en recorridos francamente previsibles.

Salía de mi escuela terminadas las clases de la mañana y regresaba ya entrada la noche a darme un bañito “a tacho” y a compartir la riquísima cena que Doña Chepita me tenía siempre preparada con tanto amor (no importaba cuán tarde llegara, me esperaba con su farolito encendido, que se veía desde lejitos y daba más fuerza a los pasos de los últimos tramos del recorrido): arroz con frijoles, a veces huevitos de tortuga, platanitos fritos y ese exquisito fresco de mango, pitahaya, marañón, o cualquiera de esas exóticas (o eróticas...) frutas tropicales que solo se dan en esos puntitos perdidos del planeta.

O sea, y volviendo al tema, que caminando y solito por esos senderos de Dios, por más que le pusieras atención al camino, al paisaje, al contexto, intentando estar siempre alerta ante cualquier anormalidad, el vuelo repentino de un pájaro, cualquier mínimo detalle, no tenía la más pequeña oportunidad de zafar de una situación desagradable; estaba totalmente vulnerable y me sentía más desnudo que Adán en otoño.

A buen entendedor pocas palabras, pero allá estábamos, allá estuvimos y creo que al menos tengo el compromiso de contar los sentimientos que me atravesaron y de los que fui testigo directo.

Nosotros contamos simplemente con la suerte que no tuvieron otras comunidades campesinas, a quienes sistemáticamente les bombardearon las escuelas y los puestos

de salud levantados con tanto esfuerzo popular, y a las que las balas asesinas les quitaron los mejores hijos.

Es difícil hacer la patria cada día
Hacerla sobre el filo de la muerte y la vida
O hacerla simplemente
Con arado y semillas

Roberto Alvarado lo puede decir
Y *Denis Sarantes* también
Como se hace la patria
Que surco tras surco comienza a crecer

Dos técnicos del Instituto Nacional de la Reforma Agraria (INRA) asesinados por la contrarrevolución.

22- EL LARGO CAMINO DEL RETORNO

Finalmente llegó el momento en que hubo que pensar seriamente en el retorno a la patria. Enfrentar las tantas cosas pendientes que durante 6 años quedaron congeladas en las historias personales aunque la vida siguiera su curso por otros lados.

Mi trabajo ya podría ser llevado adelante por otros compañeros que, seguramente, lo harían mejor que yo; la revolución comenzaba a cosechar sus propios frutos nuevos, y los muchachos y muchachas surgidos de esa gigantesca cantera popular iban tomando la posta, como corresponde, y ocupando un papel más protagónico en todos los niveles.

Una hermosa niña pequeña me esperaba en Argentina, a quien debería dar cuenta, más tarde o más temprano, del por qué de mis seis años de ausencia. Ya no tenía sentido esperar más.



La apertura política en mi país era ya, afortunadamente, un hecho irreversible y bien pronto iba a comenzar un nuevo período de democracia que le daría otra oportunidad a nuestra maltratada gente.

En grupos, con la ayuda del ACNUR, por medio de sus organizaciones o individualmente, muchos de los argentinos que estuvimos allí y que hemos vivido, aún sin conocernos, historias muy parecidas, fuimos trazando nuestras diferentes estrategias e imaginando caminos para el regreso a casa.

Sin anuncio, sin despedidas, sin estridencia, dejando tantos y tantos hermanos y recuerdos atrás, esa última noche la pasé de vigilia en la casita del barrio San Judas esperando la hora para ir al aeropuerto; sin poder dormir, recordando tantas historias vividas, tantas pérdidas irreemplazables, tantos abrazos, alegrías y tristezas, pero sobre todo llevándome en mi conciencia y en mi corazón la enorme esperanza de que era posible, de que todavía se podía seguir soñando.

Como te decía, a nadie le anticipé de mi partida; en la casa solo estuvimos esa noche el Padre Juan Luis y yo; muy poco hablamos, y menos de mi ida, pero él, dándose cuen-

ta de algo que para mí parecía imposible de leer, oculto como estaba en el fondo de mi corazón (porque puse todo mi empeño en ocultarlo), antes de irse a descansar extiende la mano y me da 100 dólares a la vez que me dice: ...“los vas a necesitar...” nos dimos un abrazo, cerró la puerta de su cuarto, y no lo volví a ver.

Cómo se dio cuenta, nunca lo sabré...

Unos años después, casi de casualidad y en otro contexto, nos reencontramos; más allá de la enorme alegría, ni aún en ese momento completamente inesperado y feliz de vernos nuevamente me atreví a preguntarle...

23- LOS COMPAÑEROS CAÍDOS

Hermanos argentinos dejaron la vida en Nicaragua y en Centroamérica. Tal vez nunca puedan conocerse en su totalidad sus nombres y apellidos para tributarles el merecido homenaje.

Defendiendo la joven revolución sandinista, desde distintos oficios, profesiones, saberes y destrezas pusieron también el hombro para construir la utopía.

Resignando toda prioridad personal, toda demanda individual, todo egoísmo finalmente humano, comprensible y justificable, dejando de lado cualquier interés material, se encolumnaron incondicionalmente bajo la bandera sandinista y sin medir riesgos personales, siguiendo el ejemplo del Ché, dieron generosamente sus vidas por la liberación definitiva de Latinoamérica.

En memoria y homenaje a todos ellos, tomo el recuerdo de Fernando García, tornero, amante del folklore, buen bombista y guitarrero, pero sobre todo, un hermano.



A Fernando García

El cielo de Nicaragua
te vio quedarte en la huella
Naciendo desde esa tarde
en nuestro cielo otra estrella

Tu brazo y tu pensamiento
quedaron allí tendidos
Pero siguen caminando
en la sangre de tus hijos

Que triste que es el destino
que amarga que es nuestra suerte
En lo mejor del camino
nos viene a alcanzar la muerte

La tierra de Nicaragua
se encargará de volverte
en maíz y en madrugada
embanderado en tu gente

Nos veremos algún día
Mi querido compañero
Donde se siembra la vida
Donde se duerme el lucero

Dormí tranquilo Fernando
Que acá seguimos andando

24- EL POETA PENDIENTE

Nicaragua, contaba, es conocida como la tierra de los volcanes y los poetas.

“La revolución es un gran hecho pedagógico” decía siempre mi Ministro de Educación, Dr. Carlos Tunnerman, decidido y valiente defensor de presos políticos durante la dictadura somocista.

Erupciones incontenibles de lava popular y de agitadoras palabras, que el gran hecho pedagógico ordena, administra y da sentido.

La tierra de los volcanes y los poetas me provocaron cientos de inspiraciones que en su gran mayoría no pudieron resistir en su forma papel el largo camino del regreso a casa.

Y aunque acá podamos discutir el alcance y la profundidad del sustantivo “casa”, porque en casa me sentí cobijado por el pueblo español, por el pueblo vasco, por el pueblo nica, por el pueblo colombiano, la casa, la casa de uno, es la que contiene el conjunto de todas nuestras historias, tal vez, finalmente, termine siendo uno “su propia

casa" donde quiera que esté, por eso digo que este debate sería largo de concluir.

Los volcanes quedaron en mi corazón, trepidantes, profundos, burbujeantes; cuando dejo que la mirada se me pierda en el horizonte de nuestras pampas del sur siempre evoco (y como que me faltan en el paisaje) aquellas moles humeantes cargadas de intriga e imprevisibilidad.

Los poetas me han legado un estilo particular en el intento de dar cuenta de todo aquello que relaté intercalando narrativa con retazos de poemas, solo aquellos que mi pobre y piadosa memoria ha podido conservar.

Solo una modesta ilusión intangible, intención y deseo de transmitir de la forma más estética que me dan mis limitadas capacidades, esas con las que a veces uno se autoengaña y se autoconvence en semejante pretensión de llegar a creerse lo que verdaderamente no se es.

Por lo menos creo que vale lo honesto del intento.

Nicaragua, Nicaraguita: tus volcanes y tus poetas me han atravesado; tus volcanes me marcaron a fuego con su lava y tus poetas me esculpieron el alma con la delicadeza de sus obras y la profundidad de sus palabras.

La erupción más grande no se ha producido aún, y el mejor poema no ha sido escrito todavía.



25- VEINTE AÑOS DESPUÉS

Dos largas décadas pasaron desde el día en que por última vez miré por la ventanilla del avión carreteando para el despegue, apretando los puños y aguantando las lágrimas, las últimas imágenes de esa, mi Nicaragua Nicaraguita, *“alaste y dulcita como la mielita del tamagás”*..., le estaba diciendo adiós, tal vez para siempre, a las gentes, a los lugares y a las vivencias tan intensas de ese pedacito de biografía que sin embargo marcaría mi vida en todos los años por venir, sin saber si acaso esta misma vida me regalaría la oportunidad de volver.

Veinte años que invertí en conservar los recuerdos, en tanto me reencontraba con mi pequeña hija, ahora ya toda una mujer, quien me impulsaría también (aún sin saberlo) a emprender esta tarea.

Veinte años en los que la vida me regalaría dos hijas más y el ansiado retorno a mi querida Nicaragua y a mi amada Escuelita.

Veinte años después pude finalmente volver; me costó reconocer la escuela, oculta por el tamaño y la sombra de los árboles que habíamos plantado 20 años atrás, pasé de largo hasta el Caimito, volví, y de nuevo pasé de largo hasta Los Cedros, hasta que al fin a medio camino entre uno y otro bajé a preguntar ¡y me la veo a la Carmencita, mi ex alumna, que vive al lado de la escuela, dándome señas y reconociéndonos al instante!

Veinte años no es nada, dice el tango; y realmente en algo tiene razón, no son nada cuando se puede volver con la misma transparencia y determinación, con las mismas emociones e intensidades con la que uno vivió lo que vivió y dejó allí todo lo que dejó.

Tal vez, la memoria es piadosa y olvida lo hiriente y doloroso, o al menos lo metaboliza, lo sedimenta, y ya no es lo mismo, duele menos, ayuda a seguir tirando, realmente no lo sé y a estas alturas tampoco me interesa.

Pero poder volver, querer volver, reencontrarte con ese pasado tan presente, es como volver a verse a uno mismo veinte años atrás, pero con la experiencia y madurez de los veinte años que pasaron.



Volver a encontrarse con los recuerdos, con lo que de uno quedó, con lo poquito que uno pueda haber dejado, y entonces uno se preguntaba qué habría entonces quedado de mí en el recuerdo y los corazones de quienes fueron mis estudiantes, y a quienes me dí todo entero, aún con todas mis debilidades y defectos.

Temblaba pensando en todas estas cosas cuando volví a la escuela, pero bien pronto encontraría respuestas para todas mis ansiosas preguntas.



No sé cómo se organizaron por iniciativa de Carmen, y seguro de su hermana Gertrudis también, pero se reunieron casi todos mis ex alumnos para compartir un maravilloso almuerzo en la escuela, como en los viejos buenos e inolvidables tiempos.

De los pocos que no se pudieron llegar por distintas razones (todas relacionadas con sus trabajos docentes), entre ellos Domingo Meller, me acercaron también sus saludos, recuerdos y afectos inalterados a pesar del paso de tantos años.

Me reencontré también con la única mujer que quise en Nicaragua, aunque como desde otro mundo, desde otro universo, como desde el otro lado del espejo de Alicia y su país de Maravillas, exactamente igual de dulce, suave y querido.



Tuve el tremendo gusto y privilegio de conocer sus descendencias, y que dos de mis tres hijas escucharan testimonios directos de la vida de su padre en su paso por Nicaragua y por la Escuela.

Fueron esos pocos momentos en la vida en los que uno siente realmente que no ha vivido al pedo.



Algunos de los muchachos, Reinerio, Julio y Adrián entre ellos

La gran mayoría de los que fueron nuestros alumnos siguieron la docencia, algunos enseñando en la misma escuela y otros como maestros y como directores en las escuelas de las comarcas vecinas.



Visitando a Don Medardo con Adrian Fariñas

Otros han seguido carreras agronómicas y, salvo algún desgraciado y triste incidente producto de los tiem-

pos de la guerra (duele, Silvio), hoy todos son hombres y mujeres de bien, han construido sus familias y tenido sus hijos, plenos, firmemente sandinistas, con ese reconocido brillo en los ojos en el que se refleja la permanencia de los sueños, el espíritu rebelde, invencible, y la profunda convicción en los ideales, el orgullo de haber hecho todo lo que se ha hecho y la fortaleza necesaria para enfrentar todo lo que queda por hacer.



A la casita de San Judas no la pude reconocer; todo el barrio había cambiado demasiado y el vecindario también.

Tampoco pude reconocer las veredas y mucho menos las puertas de las casas donde nos sentábamos por las noches a cumplir con la vigilancia Revolucionaria.



La escuela, hoy



Con Adrián, Carmencita, y parte de las nuevas generaciones

Adrián, quien me enseñó a mirar las estrellas en las noches de vigilancia...

Carmencita, la que me reconoció al instante y actualmente es la Directora de la Escuela...

Y nuestras mayores esperanzas: nuestros hijos...

CON DOÑA BLANCA SEGOVIA SANDINO ARÁUZ

Pero los 20 años que se demoró ese tan ansiado regreso, me depararían una nueva sorpresa que se sumaría a todo ese inmenso caudal de emociones que permanecerán imborrables en mi memoria y en mi corazón.

Gracias a un tío de V. tuve la posibilidad de conocer y visitar a la única hija del General de Hombres Libres Augusto César Sandino, Doña Blanca Segovia Sandino Arauz, en su modesta casa de un bonito y tranquilo barrio de Managua, y a la que accedí en virtud del cariño particular que su padre sentía por nuestra patria y que se encargó de transmitirlo a su hija.

Menuda, tierna, amable, departimos gratamente compartiendo recuerdos de su padre y la lucha de su pueblo, bajo la mirada atenta de Sandino que nos acompañaba desde el cuadro en la pared.



Me preguntó con intensidad en su mirada también sobre mi Argentina y me expresó sus sueños de conocerla, y a cada momento me recordaba que su padre hubiera querido que ella estudiara acá.

Demás está contar el hondo impacto que este sentimiento me produjo, ¿cómo se las habrá ingeniado el áurea de mi tierra para llegarse hasta ese rinconcito de nuestra “América Profunda”, y sobre todo, considerando la dura vida de lucha y privaciones de Sandino en sus montañas?

Sandino, General de Hombres Libres, a quien sus propios soldados lo eligieron como general; el que recuperó del fondo del río los primeros fusiles con que comenzó su gesta heroica en las montañas de Las Segovias.

Sandino, General de Hombres Libres, que le dejó a su patria y al mundo un ejemplo imborrable y una hija digna del padre que ha tenido.

ENTONCES...

A lo largo de estas reconstrucciones se han espabilado las memorias y las nostalgias, se volvieron a dejar ver algunos de los recuerdos más escondidos y porfiados, más de una vez se poblaron de lágrimas los ojos, y han reaparecido nombres y rostros presentes y ausentes, pero todos entrañables, próximos y tan necesarios para que nuestra vida siga teniendo algún sentido.

...Y se la debo a Adrián, y a la gallina que me regaló veinte años después, la única que tenía, que terminó sus días de gloria en una sopita en casa de Licha.

...Y se la debo al profe de carpintería, que me enseñó a no odiar a los malos hombres sino al sistema que los produce.

...Y se la debo al vasquito, arreglador de techos, estrechador de manos, capaz de abrazos monumentales, y también eterno caminante.

...Y se la debo a todos los que mi memoria ha dejado a un costado

...Y se la debo a los maestros y médicos cubanos que me salvaron el cuerpo y

el alma

...Y se la debo a todo lo que todavía queda por hacer

...Y se la debo a todo un pueblo

Estos han sido, en resumidas cuentas, los recuerdos sobrevivientes de un docente en la cintura de América. Tan solo una historia más, como tantas otras, para ser contada.

Como decía al inicio, gentes comunes y sencillas en situaciones extraordinarias.

Tal vez el asunto consista finalmente en hacer extraordinaria la situación nuestra de cada día, de forma tal que empuje hacia delante y saque a la luz lo mejor que cada uno lleva adentro, o al menos nos permita observar nuestras debilidades y trabajar sobre ellas.

Tal vez todo esto sirva como humilde estímulo para que muchos como yo que llevan guardadas en el fondo del alma sus propias historias, se animen a rememorar, escribir y compartir, para reconfirmar que no fuimos ni pocos, ni estúpidos, ni imberbes, ni gritones, sino solo exponentes de una generación de personas simples en situaciones históricas extraordinarias, y que cuando esa historia nos golpeó la puerta, allí fuimos a escribirla...

¡Ay Nicaragua, Nicaraguita...!

Memoria

Dicen algunos que la memoria es cruel
Otros en cambio dicen que es piadosa
Yo, pizarrón y tiza, poca cosa,
O tal vez desde un lápiz y un papel
Quiero desmantelarlo su oropel
Y concluir, al fin, que la memoria
Es solo compromiso con la historia
Y es el único orgullo de mi piel

GLOSARIO

Alaste: sensación pegajosa que queda en la boca.

Al suave: despacio, con calma.

Arrecho: enojado, de mal humor.

Atol: alimento en base a maíz.

Atolillo: alimento en base a maíz.

Bacanales: fiestas con música y baile.

Berrerreque: alimento en base a maíz.

Bolo: borracho.

Caite: especie de sandalia rudimentaria de cuero utilizada por los campesinos.

Chaval: muchacho.

Colocho: viruta; por extensión, enrulado.

Cavanga: resaca tristonera luego de la borrachera.

Comanches: Comandantes; por extensión líder, persona sobresaliente.

Contra: fuerzas contrarrevolucionarias.

Chele: de tez blanca, por extensión, extranjero.

En puta: en cantidad, con toda la fuerza, con todo.

Fresco: refresco de jugo de fruta o subproductos del maíz, semillas o cacao.

Frijol: poroto marrón y pequeño.

Guindo: curva en el camino; por extensión, quedar colgado.

Guaro: ron.

Hacerse: argentinismo – robarse.

La hora de las piedras pómez: momento de la erupción del volcán; por extensión, el momento de la lucha, la hora de la verdad.

Lechita agría: especie de cuajada o “proto yogur”.

Marañón: fruta tropical, cuya semilla es la castaña de cajú.

Mecate: sogá, trozo de sogá.

Nica: nicaragüense.

Piocha: barra de metal pesada y puntiaguda para hollar la tierra.

Pinol: bebida a base de maíz.

Pipián: una variedad de hortaliza.

Pitahaya: fruta tropical de color rojo encarnado.

Plátano: variedad de banana, verde y gruesa, usada como acompañamiento en las comidas en rodajas fritas – Maduro.

Platicadera: tertulia, charla, conversación prolongada.

Quequisque: una variedad de hortaliza.

Runga: lío, pelea, enfrentamiento, escaramuza, combate.

Subtiava: tribu que habita un barrio de Monimbó, famosa por su combatividad y espíritu libertario.

Tamagás: insecto volador melífero, parecido a nuestra lechiguana.

Tihuilote: fruta tropical.

Tilinte: bien tirante.

Tortilla: disco asado de harina de maíz usado como acompañamiento en las comidas.

Vivanderas: vendedoras de comidas ambulante o en los mercados.

Zacate: pasto.



19 de julio: fecha de celebración del triunfo revolucionario



19 de julio: celebración del día de la victoria

